

El análisis de un niño de tres años esquizofrénico y mudo¹

Emilio Rodríguez

(Buenos Aires)

Este trabajo está basado en el material clínico de un niño psicótico que inició el tratamiento a los tres años de edad. Su pronunciado retraimiento y los rasgos de negativismo de su estado creaban especiales problemas que desearía esbozar en primer lugar, particularmente aquellos que se presentaron al comienzo del tratamiento; también deseo señalar las fuentes a las que debí recurrir a fin de comprender la conducta psicótica de este niño.

El problema inmediato era el de la comunicación. El niño no hablaba, habiendo perdido un año antes de comenzar el tratamiento las escasas palabras que una vez dominara. No emitía sonido articulado alguno, sólo ocasionalmente algún grito gutural. La expresión de las manos y rostro era inexistente. Permanencia *totalmente silencioso* y no trataba de comunicarse por medio de sonidos o gestos. Ningún significado emocional se desprendía de las habilidades corporales que poseía: el caminar, desabrochar su abrigo, sacarse el gorro, por ejemplo, eran ejecutados de manera mecánica.

Enfrentado a este comportamiento mudo y aparentemente inexpresivo, mi primer objeto fue obviamente comprender al niño y hacer que él me comprendiera. Este trabajo que abarca los primeros siete meses de tratamiento y especialmente los cinco primeros, trata de describir la forma en que pudo establecerse el contacto y se desarrollaron los medios de comunicación mutua, y cómo en el transcurso de la labor analítica, los medios de expresión del niño se desarrollaron y su contacto

¹ Este trabajo constituye el capítulo VII del libro *New Directions in Psycho-Analysis*, Tavistock Publications Limited, London, 1955.

conmigo progresó hacia una relación más completa. Elegí la descripción de los primeros siete meses del análisis porque fue cerca del final de este período, en el quinto mes, que el niño empezó a hablar.

No constituye mi principal objetivo hacer un relato detallado de la técnica del análisis. Recalcaré, sin embargo, que no me aparté de los requerimientos técnicos esenciales del análisis de niños ideados por Melanie Klein. ⁽²⁾ Vale decir que, en la medida de lo posible, interpreté consecuentemente las manifestaciones de la transferencia positiva y negativa, no confiando en otras medidas, tales como el reaseguramiento, ruegos o regalos, para la obtención de resultados terapéuticos. Más aún, dándome cuenta de que este niño era muy sensible a las alteraciones de la rutina y resentía amargamente cambios aún mínimos de mi actitud hacia lo que le era permitido hacer, pronto aprendí a ser con él más consecuente que con la mayoría de los niños neuróticos. En lo que respecta al arreglo del cuarto de juegos y juguetes usados en el tratamiento, también seguí las sugerencias de Melanie Klein; comentaré este punto más adelante.

Inútil decir que, en las primeras semanas de tratamiento, mis interpretaciones fueron de tanteo, debido a que sólo hallé ligeras y dispersas indicaciones en la conducta del niño que les sirvieran de base. Además, puesto que no daba señales de oír lo que yo decía, faltaba el criterio habitual para apreciar la interpretación, es decir la observación de alguna respuesta emocional. ⁽³⁾

Otra dificultad surgió con respecto a las palabras utilizadas en mis interpretaciones y muy a menudo debí luchar contra las limitaciones inherentes al uso de un vocabulario muy simple y reducido para describir procesos emocionales complejos.

Una razón importante de la dificultad en hallar las palabras apropiadas radicaba en el hecho de que algunos de estos procesos, si no la mayoría, pertenecían a una

² Ver *El Psicoanálisis de niños*, en particular Cap. II, “La técnica del análisis temprano”.

³ Estas dificultades fueron mayores durante las primeras seis semanas de análisis, pero aún así, el que Raúl no reaccionara a mis interpretaciones —como hubiera hecho un niño con menos disturbios— no significa —según veremos más adelante— que no respondiera en absoluto.

etapa pre-verbal (diríase) del desarrollo. Además es necesario recalcar que la apreciación de la justeza de la interpretación descansaba a veces en imponderables de la conducta del niño imposibles de reproducir, estando por su propia naturaleza fuera del dominio del pensamiento discursivo; producían, sin embargo, en mi mente cierta impresión y me llevaban a interpretar de un modo determinado. Creo que esta experiencia es familiar a todos los analistas y que se presenta en alguna medida en todo análisis, de manera que debe ser aún más esperada cuando se infiere a partir de la conducta de un niño autista. Por esta razón el uso de los sentimientos contratransferenciales, en la forma que describe Paula Heimann, (4) es decir como instrumento de ampliación del insight, tiene aquí, creo, una aplicación más amplia que en la mayoría de los casos.

El conocimiento de los trabajos de Melanie Klein sobre los procesos mentales tempranos era esencial para la comprensión del comportamiento “autístico” de este niño; pienso que el presente artículo en su totalidad ilustra este punto. Hallé la orientación específica necesaria en las formulaciones generales teóricas y técnicas de Melanie Klein y en el trabajo (5) en que describe el análisis de un niño psicótico (Dick, de cuatro años de edad). La técnica empleada en ese análisis y las conclusiones sacadas de él me resultaron reveladoras en extremo, y esto especialmente porque la sintomatología de Dick y la de mi paciente niño eran sorprendentemente parecidas.

HISTORIAL

Raúl tenía tres años y tres meses cuando inició el tratamiento. Sus principales síntomas consistían en un marcado retraimiento, mutismo, negativismo, obediencia automática y un atraso intelectual general.

A pesar de que el desmejoramiento de su estado había empezado solamente hacia la mitad del segundo año, el problema básico, el de la *disociación* emocional,

⁴ “On Counter Transference”, *Int. J. Psycho-Anal.*, Tomo XXXI (1950).

⁵ Ver “The Importance of Symbol Formation in the Development of the Ego” (1930), en *Contributions to Psycho-Analysis 1921-45* (London, 1948). (Traducido en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, I-1 (1956): “La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo”. N. del T).

podía rastrearse hasta los primeros meses de vida.

Era primogénito; había nacido en estado de asfixia luego de un parto laborioso y sus primeras respuestas parecen haber sido típicas del “lactante inerte” descrito por Merrell Middlemore, ⁽⁶⁾ pues era incapaz de agarrar el pezón y mostraba considerable torpor. *El* reflejo de mamar sólo apareció al cuarto día. Cuando lactante dormía constantemente. Si se le manejaba con rudeza se endurecía, pero sólo salía a medias de su estado de letargo. Las dificultades en la alimentación existieron desde el principio; su constante falta de apetito preocupaba a sus padres. Fue sorprendentemente débil la resistencia al cambio por biberón al cuarto mes, al reanudar la madre el trabajo; pero si bien aceptó el biberón, no mostró entusiasmo por éste. En resumidas cuentas pues, había sido un *niño* tranquilo, que ni lloraba ni reía mucho, y *cuya* persistente falta de apetito únicamente preocupaba a sus padres. ⁽⁷⁾

Hasta pasados los seis meses de edad, el desarrollo físico e intelectual de Raúl no se apartó mayormente de la noción que sus padres tenían de la normalidad. Se sentó y caminó en el tiempo normal. Su primera palabra fue oída al final del primer año, siendo precedida por una etapa de laleo más bien débil. A los dieciséis meses poseía un vocabulario de seis palabras. En esa misma época, si bien no se había logrado el aprendizaje de la limpieza, manifestaba ocasionalmente incomodidad y repugnancia al ver sus pañales sucios.

Una regresión profunda y repentina ocurrió después de los dieciséis meses, al quedar nuevamente embarazada la *madre*, ⁽⁸⁾ y su estado empeoró al dar ésta a luz

⁶ Ver *The Nursing Couple* (London, 1941), p. 77.

⁷ El examen neurológico no reveló lesión cerebral alguna

⁸ Sus padres estaban seguros de que estos cambios adversos coincidieron *con* el principio del segundo

un segundo *niño*, el *único* hermano de Raúl, precisamente en el día de su segundo cumpleaños. En pocos meses Raúl perdió la mayor parte de sus logros sociales; su escaso vocabulario desapareció y a esto siguió la pérdida de los sonidos articulados. Su rostro perdió la *expresividad*; no lloraba ni reía, si bien ocasionalmente sonreía a sí mismo; sus manos también se volvieron inexpresivas. El juego se hizo inimaginativo y solitario; durante horas seguidas hacía girar monótonamente la tapa de una cacerola o rebotar una pelota, pareciendo en tales momentos profundamente absorto en un mundo privado personal. No tenía juguete favorito. En la esfera social mostraba un completo desapego de sus allegados, al extremo de reconocer rara vez a sus padres. Rechazaba con violencia todo intento de comunicación con él, pues no permitía caricias o contacto fuera del manejo de rutina propio de actividades como el baño o la muda.

Se ensuciaba y mojaba y esto no parecía importarle, aun si no lo cambiaban durante horas. Mostraba insensibilidad al dolor, en particular al frío.

Parecía estar pidiendo el mantenimiento de la rutina. Quería que las cosas se hicieran siempre de la misma manera. Esto podía notarse especialmente en las comidas. Las dificultades en la alimentación habían existido desde el nacimiento, pero se volvieron más marcadas con la introducción de sólidos, al final del primer año. Al principio los rechazó de plano y sólo gradualmente llegó a aceptar puré de verduras y algunas papillas. Resentía la menor variación en su dieta; por lo que ésta se hizo muy monótona. Era peculiar su modo de acercarse a un alimento “sospechoso”; muy lentamente sacaba una cucharada y, luego de examinarla bajo todos sus ángulos, “probaba” una pequeñísima cantidad de la punta de la cuchara. No podía morder alimento sólido alguno —carne, tostadas o golosinas—, y acostumbraba escupir la comida que no le gustaba. (9)

embarazo de la madre, probablemente no porque el niño lo notara en su estadio temprano, sino porque reaccionó a una relación emocional alterada de su madre con él.

⁹ Con lo que ya dije de Raúl puede establecerse el paralelo con la sintomatología de Dick (ver el trabajo de Melanie Klein sobre la Formación de Símbolos). Este niño de cuatro años sufría una inhibición emocional e intelectual intensa al extremo de que toda su vida mental se hallaba en un punto muerto. Su desapego del ambiente era casi total y no mostraba interés alguno por el juego u otra actividad expresiva. Su lenguaje presentaba rasgos ecolálicos y era de tipo “autístico”. La oscilación entre la obediencia automática y la conducta negativista completaba sus síntomas más aparentes. También Dick tenía un historial de dificultades en la alimentación arrancando del nacimiento e incluyendo la misma lucha contra los sólidos. Es bastante

LOS PADRES

Cuando Raúl tenía cuatro meses de edad su madre volvió al trabajo, confiándolo casi exclusivamente al cuidado de niñeras; éstas dejaban la casa con la suficiente frecuencia como para que el niño no pudiera encariñarse con ninguna de ellas. La madre se ocupó más de él luego de tener a su segundo hijo (un bebé normal), al que pronto prefirió. La personalidad de la madre y *su* relación *con* el *hijo* mayor constituyen un tema difícil de tratar brevemente sin distorsionarlo. En muchos aspectos era una madre “mala”. Emocionalmente inestable, era más bien inclinada a quejarse de su mala suerte; a veces consideraba a su hijo como un caso sin esperanzas, otras tan sólo como un niño “nervioso”. Le faltaba la capacidad de mantenerse a una distancia emocional adecuada de su hijo, pues era o bien demasiado desapegada e indiferente o bien insistía tercamente en tratar de sacudir el retraimiento del niño. Daré dos ejemplos de este último rasgo. Se preocupaba por demás en hacerlo comer y a veces se enojaba, de modo que cuando el niño

significativo que mostrara parecida inhibición para morder alimentos duros. La descripción que hace Melanie Klein de su primera entrevista con Dick puede, en lo esencial, aplicarse al comportamiento de Raúl en la misma ocasión.

escupía los alimentos, ella se los volvía a introducir en la boca coléricamente. El otro ejemplo se relaciona con una costumbre que Raúl adquirió algún tiempo antes de empezar el tratamiento y que consistía en taparse los oídos trayendo el pabellón hacia adelante. Su madre consideraba esto como un ardid “perverso” para no oír y tuvo la desafortunada idea de fajarlo. En ambos casos manifestaba ella un mismo desesperado impulso a introducirse a la fuerza *en* el mundo privado de su hijo.

Debo señalar, sin embargo, que en estos ejemplos ella aparece en su peor aspecto. Agregaré por lo tanto que empezó a cooperar en el tratamiento de su hijo cuando notó en éste señales de progreso y que más adelante cambió mucho, demostrando poder en general ayudar más allá de lo esperado. *El padre* de Raúl producía buena impresión; era bondadoso con su hijo y estaba sinceramente apenado aunque no desesperado por la enfermedad.

PRIMERA ENTREVISTA Y CURSO TEMPRANO

DEL ANALISIS (¹⁰)

El rasgo más aparente surgido de la primera entrevista era el carácter extremo de la falta de contacto del niño con el ambiente. Se comportaba como si el cuarto de juego hubiese sido un espacio vacío y, si bien debía tener conciencia de los obstáculos, ya que los evitaba, actuaba por así decir como si los límites formados por las paredes no se hallaban realmente allí. Miraba más allá de éstas y no reaccionaba ante el hecho de hallarse en una habitación desconocida. El ambiente extraño no despertaba en él miedo, aprensión, curiosidad o excitación; sólo indiferencia. Parecía no oír ni ver nada: sólo corría vuelta tras vuelta durante toda la hora en un zig-zag sin propósito. Había colocado yo algunos juguetes (¹¹) sobre la mesa y el piso; eran perfectamente visibles, pero Raúl ni siquiera los miró. Cuando sus padres trataban de hacerlo jugar agarrando un juguete y agitándolo frente a él, gritaba de rabia; hacía desesperados esfuerzos para liberar su cuerpo si lo sujetaban para fijar su atención.

Lo que más me impresionó en la primera sesión fue el darme cuenta de que ese niño que se comportaba como si fuese sordo (¹²) y mudo tenía sin embargo un rostro notablemente inteligente.

¹⁰ Raúl tenía cuatro sesiones de análisis semanales.

¹¹ Elegí los siguientes juguetes para Raúl: ladrillos de dos tamaños: pequeñas figurinas de personas y animales, y cercos, mesas, árboles en miniatura que componían una granja de juguete; pequeños automóviles y aviones plásticos y barcos de madera algo más grandes y camiones con suficiente espacio para colocar en ellos los juguetes más pequeños; un par de pelotas y bolitas; hilo de atar, cajas de madera o lata de varios tamaños, lápices, tizas de color, plastilina, papel y un par de tijeras romas y sin filo. Durante las primeras semanas de análisis algunos de estos juguetes fueron colocados abiertamente sobre el piso y sobre la mesa antes de que el niño entrara en el cuarto. Más adelante se le mostró el lugar donde eran guardados sus juguetes. Además de los juguetes indicados que eran para él únicamente había varios trozos rectangulares de madera terciada en un rincón de la habitación y este material de juego, junto con un pizarrón, una colección de tazas y recipientes para jugar con agua, era compartido con los demás pacientes niños. El mobiliario del cuarto de juego consistía en una mesa, cinco sillas y un diván. En el cuarto de baño contiguo había un lavatorio y una cómoda donde se guardaban los juguetes.

¹² La posibilidad de una sordera había sido considerada anteriormente, pero el otólogo había comprobado que el oído estaba sano. Esto es significativo pues Kanner en su descripción del "Autismo infantil temprano" dice que la mayoría de los niños de este grupo patológico son admitidos por sospechas de sordera o deficiencia mental (ver pp. 178-79).

Me pareció poseer una personalidad interesante; la impresión que producía distaba mucho de aquella de completa estupidez que tan a menudo dan los niños deficientes-mentales. Más aún, era un niño de inusual atractivo —del tipo que obliga a darse vuelta para mirarlos— bien proporcionado, más fuerte quizá de lo corriente; caminaba con gracia y en punta de pie.

La segunda sesión de Raúl fue una repetición de la entrevista inicial. Pude observar la misma indiferencia fría, ausente. Deseando saber si el comportamiento *del niño* en la primera entrevista era típico, interrogué a los padres, quienes habían sido testigos de parte de ella. ⁽¹³⁾

Me dijeron que, por lo general, no era tan retraído en el hogar pero que el comportamiento que yo había observado era habitual cuando lo llevaban a algún lugar extraño. A partir de este hecho y de lo que yo conocía del historial del niño, empecé a interpretar. Dije al niño que tenía miedo de mí porque no me conocía y tampoco conocía mi habitación. Yo era como el alimento malo (o como el alimento nuevo): él tenía miedo de tomarlo, y lo mismo podía decirse de los juguetes que lo rodeaban. Agregué que, como sentía miedo, no quería oírme o mirarme, temiendo que yo penetrara en su interior y lo dañara. ⁽¹⁴⁾

¹³ En aquella ocasión, el niño no pareció notar que sus padres habían dejado la habitación y no observé cambio alguno en su actitud mientras estuvieron presentes.

¹⁴ No transcribiré aquí literalmente las interpretaciones dadas, porque las palabras que fueron efectivamente empleadas pierden mucho de su sentido al separarlas del contexto y ponerlas sobre el papel. Por ejemplo, la transcripción literal de un fragmento de la interpretación dada sería la siguiente: “Raúl... Raúl... tiene miedo, sí, Raúl tiene miedo... Raúl no me conoce, no me conoce. Yo-soy-nuevo (repito esto último varias veces; arrodillándome entonces señalo los juguetes, haciendo un pequeño ruido con algunos de ellos) j-u-g-u-e-t-e-s nuevos. Cuarto nuevo, casa nueva... ¿por qué? ¿Por qué? Raúl no sabe y tiene miedo. Yo arrodillándome frente a él y señalando mi pecho) soy alimento malo en la cuchara (hago el gesto apropiado y una señal de miedo hacia una cuchara imaginaria). Todo aquí es alimento malo, quema, etc., etc.” Inútil decir que estas palabras, desunidas y “raras” al ser impresas, resultaban claras al hablar, con la ayuda del tono, gesto, pausa y énfasis. Agregaré sin embargo que a partir del segundo mes utilicé un vocabulario más amplio, pues me di cuenta de que el niño me comprendía mejor cuando mis frases se desenvolvían con más libertad; pero aún entonces, creo que las transcripciones literales resultarían difícil de seguir. Citaré sin embargo algunas interpretaciones como ejemplo. Debo mencionar que el análisis fue hecho en español y que el sonido original de las palabras empleadas permitían nexos fonéticos, por supuesto intraducibles. Por ejemplo: “chiche” en lenguaje español infantil significa juguete y suena casi lo mismo que “cheche” (leche en el mismo lenguaje). Por lo tanto la relación entre su miedo al alimento y su miedo a los juguetes se establecía más fácilmente que lo que aparenta la traducción dada. (Los nexos y relaciones indicados por el autor en esta nota quedan restablecidos en la presente traducción al español. N. del T.).

El nacimiento del hermanito, al cumplir Raúl los dos años, aparecía en el historial como una experiencia muy traumática; de ese acontecimiento partía el desmejoramiento de su estado. Me pareció que todos los recién llegados en su vida debían transformarse en una nueva versión del bebé intruso. Por lo tanto, en la segunda sesión, también interpreté que me veía como a su hermano menor que le sacaba la “mamá buena”. Mientras interpretaba lo observaba con atención, especialmente al nombrar a su hermano, pero su rostro permaneció inexpresivo.

Su falta de respuesta fue interpretada como un rechazo activo. Varias veces durante la sesión cerró su oído izquierdo trayendo el pabellón hacia adelante y ese acto me llevó a insistir en su temor de que mis palabras pudieran penetrar en su interior.

Si bien la tercera sesión se inició ajustándose a un patrón autístico similar, se observaron pequeños cambios al promediar la hora pues, mientras caminaba entre los juguetes, el niño ocasionalmente les echó una mirada que delataba curiosidad. Su actitud general era de una indiferencia tal que yo habría podido pensar equivocadamente que no se interesaba en absoluto por los juguetes. Pero mientras dejaba de lado los que se hallaban en sitios más prominentes, por ejemplo aquellos que estaban colocados sobre la mesa o en el centro del cuarto, se acercó a los que se hallaban en lugares menos aparentes. El primer juguete *que* agarró efectivamente fue un pequeño ladrillo que encontró debajo del diván, al finalizar la tercera sesión.

Su acercamiento inicial a los juguetes me recordó la descripción hecha por los padres de sus hábitos relacionados con la comida. Los juguetes eran como alimentos ‘sospechosos’ que él debía inspeccionar bajo todos sus aspectos y verificar antes de “probarlos”.

Mis interpretaciones durante esa hora tuvieron como centro la similitud entre los alimentos y los juguetes. Además, su comportamiento demostraba desconfianza y reticencia y traté de relacionar estos rasgos con lo que me parecía constituir la

angustia persecutoria subyacente, es decir su temor a ser comido por mí.

Raúl parecía tener una tendencia básica a no traicionar sus deseos, como si fuese peligroso desear algo o dejar que las personas supiesen que él deseaba algo. Traté de formular esta noción en palabras simples, añadiendo que todas las cosas que se le daban eran sentidas como malas (a él sólo le quedaba la “mamá mala” que le introducía comida en la boca, mientras que la “mamá buena” iba al hermanito menor).

En las sesiones siguientes el niño empezó gradualmente a manejar un número mayor de juguetes. Al principio le interesaban los ladrillos y lápices; más adelante un camión y algunos pequeños automóviles. Los agarraba solamente o los hacía desplazarse. Una vez que se había decidido, no vacilaba en agarrar un juguete y no parecía temerle. Si bien tendía a jugar más libremente al finalizar las sesiones, no siempre sucedía esto. A menudo empezaba a mover juguetes en cuanto entraba en el cuarto de juego, pero no parecía interesarse mayormente en lo que hacía y su “juego” era distraído.

Al final de la segunda semana, Raúl empezó a jugar en una forma que llegó a ser característica. Tomaba algunos ladrillos y pequeñas figuras, a veces bolitas o lápices, y los diseminaba por el suelo frente a él. Luego colocaba con mucho cuidado cada juguete en determinado punto; operación ésta que llevaba mucho tiempo. A menudo cambiaba de parecer y desplazaba el juguete de un par de pulgadas hacia la izquierda o hacia la derecha, para finalmente volverlo a colocar en la posición primitiva. Con frecuencia pasaba la hora entera efectuando esas alteraciones mínimas del ordenamiento de los juguetes. Los disponía según padrones asimétricos; parecían entonces piezas de ajedrez diseminadas sobre el tablero. Más aún, el comportamiento del niño era parecido al del jugador de ajedrez, pues disponía y movía los juguetes uno por vez, como si cada movimiento tuviera un significado y un propósito; sin embargo no surgía ningún significado. Los juguetes no parecían estar relacionados unos con otros; no existía esa interacción de regularidades básicas y variaciones significativas que permiten al observador descubrir “la regla del juego”. Pero su **actitud** mientras jugaba tenía significado, pues jugaba para él solo y se comportaba frente a la disposición de los juguetes como si éstos hubiesen sido parte de él mismo, alejándose a empujones si me acercaba demasiado al área de sus actividades de juego. Hacía esto a pesar de que rehuía el contacto *físico* y *aun* en caso de no encontrarse él mismo cerca de los

juguetes en ese momento, volvía a ellos y me alejaba a empujones.

Mencioné el ajedrez. La comparación ayuda a formular las suposiciones que hice en aquel momento. Su juego me impresionó como el de un hombre solo. Él era el “jugador” que establecía las reglas y movía las figuras de acuerdo a un plan; pero no existían otros participantes; los movimientos que efectuaba no respondían a los movimientos de alguna otra persona. En consecuencia sentí que el niño sólo podía vivenciar aquellas facetas de la realidad que se acercaban al esquema .rígido de sus fantasías controladoras. Los procederes de las personas eran demasiado imprevisibles, no se adaptaban a su mundo ordenado según un padrón determinado. Su existencia, como personas, debía por lo tanto ser negada. Sólo podían ser aceptadas en sus fantasías porque sentía que allí podía controlarlas tan estrechamente como controlaba los juguetes en sus juegos —control que debía representar su tentativa de ordenar y llegar a dominar sus objetos internos. Por lo tanto, traté de interpretar los distintos ordenamientos de los juguetes que aparecían en el juego como demostración de la forma en que quería controlarme. Si yo, persona “real”, me acercaba demasiado a los juguetes ordenados, debía ser alejado, pues él temía perder su control fantaseado sobre mí.

Esas nociones eran difíciles de transmitir al niño. Le interpreté el control omnipotente de sus objetos internos y externos en estos términos: él había comido todo (es decir el pecho y el cuerpo de su madre y el pene paterno), ahora él era una “mamá gorda” que lo tenía todo. Durante varias sesiones seguí interpretando en términos similares y creo que mis esfuerzos sólo tuvieron éxito a medias. Si bien faltaban señales de una respuesta inmediata a estas interpretaciones, los acontecimientos subsiguientes sugirieron que en alguna forma habían causado efecto en él. Hasta *entonces* las angustias persecutorias de Raúl habían aparecido indirectamente, inferidas mayormente de su desconfianza negativismo y retraimiento autístico. Sugiero que el hecho de que sus temores persecutorios aparecieran más abiertamente en las semanas siguientes puede ser considerado como una indicación de que las primeras interpretaciones habían actuado.

El niño jugó plácida y de una manera general apáticamente durante la segunda, tercera y cuarta semanas de tratamiento. Su principal ocupación consistía todavía en ordenar juguetes de acuerdo a un padrón y por lo general parecía mansamente contento y me seguía obedientemente al entrar y salir del cuarto de juego al principio y al final de cada sesión. Señales de desasosiego aparecieron sin embargo

al final de la tercera semana y se hicieron ulteriormente mucho más evidentes. Se volvió exigente, gritando de rabia ante la frustración; también mostró gran curiosidad por determinados objetos que se hallaban fuera de su alcance, ya sea en cajones o detrás de alguna puerta cerrada. La cómoda lo atraía especialmente. Algunos de los cajones estaban abiertos; otros, que contenían los juguetes de los demás niños, estaban cerrados con llave y hacia éstos Raúl empezó a comportarse en una forma particular. Cuando se hallaba frente a un cajón que despertaba su interés, intentaba débilmente abrirlo y, si fracasaba, por lo general cesaba totalmente en su esfuerzo y tenía un ataque de rabia y gritos. Era extremadamente raro verlo esforzarse por abrir un cajón si antes había fracasado en un intento de hacerlo, aun tratándose de un cajón no cerrado con llave que anteriormente había podido abrir. Si por lo contrario, Raúl (o yo dado el caso) lograba abrir el cajón, invariablemente su actitud cambiaba notablemente, pues toda su ardiente curiosidad se desvanecía tan pronto como aparecía el contenido. Ni siquiera lo miraba. Muy pronto, sin embargo (cuarta sesión de la cuarta semana) se sumó a esto un rasgo interesante: luego de fracasar en su intento de abrir un cajón, el niño repetidas veces tomó mi mano —o mi brazo— y la llevó hacia el objetivo deseado. Si yo no accedía a su deseo seguía insistentemente tirando de mi mano, gritaba salvajemente y mostraba gran desesperación.

La incapacidad total de Raúl para actuar agresivamente se reveló plenamente en esta etapa. Parecía muy enojado al ser frustrado y sin embargo su gesto de agarrar mi mano era leve, contrastando extrañamente esta suavidad del gesto con su violento griterío. No intentaba en lo más mínimo golpearme o darme puntapiés; tampoco era violento con los objetos materiales. ⁽¹⁵⁾ De acuerdo a esto consideré sus débiles intentos de abrir los cajones como ejemplo de la inhibición profunda de sus pulsiones agresivas. Así comprendí que el acto de abrir equivalía en su mente a rajarse, quebrar y otras violencias; en otras palabras, ese acto significaba destruir el objeto que buscaba activamente. El cajón y su contenido fueron interpretados como representando a la madre y su contenido imaginado por él: penes, bebés, alimentos. Sentí que la desesperación del niño se fundaba en su total incapacidad para conseguir algo bueno de los objetos externos. Estaba condenado a fracasar, porque el objeto deseado se tornaba malo **en el acto de conseguirlo**. Tuve esa impresión

¹⁵ Raúl empezó a ser violento con los juguetes y objetos materiales en el tercer mes del tratamiento, coincidiendo esto, según veremos, con un marcado progreso de su estado.

de fatalidad, creo, al observar el modo repentino en que se desvanecía su gran expectativa tan pronto como el cajón quedaba abierto. Era por así decirlo, el reverso del sueño del alquimista, pues todo lo que tocaba se volvía malo. Interpreté que abrir el cajón, o tocar o agarrar un juguete, era como comerme ávidamente y destruirme. ⁽¹⁶⁾

Pero esta interpretación no abarca la totalidad del terreno. El énfasis recayó sobre la persecución. Todo lo que venía de afuera, es decir de mí, era malo porque yo (representando a su madre y al mundo en general) era sentido como hostil. Por lo tanto, él no podía **recibir** (incorporar) lo bueno que yo retenía sin dárselo, sino que tenía que entrar en mí **para controlarme y tomar posesión de mí**. Solamente proyectándose dentro del objeto podía conseguir algo de éste. Podía verse esto en la forma en que el niño “tomaba posesión” de mi mano. Cuando la empujaba hacia un objetivo, trataba solamente con ella y no conmigo como persona total. No miraba mi rostro, sino mi mano solamente y la empujaba como si fuese una herramienta, un apéndice de su mano.

Probablemente por ser mi mano sentida como mejor y más capaz de enfrentar las consecuencias, debía realizar el acto agresivo que su mano” no podía realizar. Le dije que él había colocado su propia mano que hería y rajaba, su “mano mala” dentro de la mía; también le dije que tomaba posesión de las personas colocando partes de sí mismo dentro de ellas. Más aún, ésta era una manera de “probar” diferentes bocados de mi cuerpo, de acuerdo al padrón de su técnica alimenticia. ⁽¹⁷⁾ Más que mera incapacidad para percibir objetos totales, consideré su actitud como un modo activo de disociar mi cuerpo con el fin de negarme como persona

¹⁶ La avidez ciertamente desempeñaba un papel aquí; a este respecto un vuelco brusco se produjo en su comportamiento: en lugar de la anterior inhibición de sus deseos orales, se manifestaba una avidez excesiva.

¹⁷ Más adelante evidenció varias veces esa manera de tratarme como “objeto parcial”; si quería que yo caminara, empujaba mi rodilla, o bien me hacía levantar agarrándose de la solapa. En una ocasión (llevando seis meses de análisis) desarrolló un juego en el que tres sillas y yo tomábamos parte. El juego, similar al de la colocación asimétrica de juguetes descrito más arriba, consistía en empujarme en la misma forma que empujaba las sillas. Raúl rió traviesamente cuando le pregunté si yo era una silla y, a manera de respuesta, *colocó* un felpudo sobre mis rodillas, mientras debía yo agacharme.

total, independiente de él y con voluntad propia. Un elemento de de su comportamiento, omitido hasta ahora por razones de claridad, sustentaba plenamente este punto de vista. Sucedió con frecuencia en este periodo que cuando yo liberaba activamente mi mano de su apretón, la angustia parecía dominarlo pues de repente caía fláccidamente como si en un instante todas sus fuerzas lo abandonaran. En razón de una falta generalizada de tono muscular, sus miembros tomaban posturas de muñeco cuando caía sobre el piso. Resultaba claro que el acto de rebeldía de *mi mano* era el causante de la caída de Raúl. Es decir que el objeto sentido fuera de su control se transformaba en el perseguidor que podía atacarlo y destruirlo. Interpreté que temía que mi “mano mala” se introdujera a la fuerza en él y lo destrozara. La caída con posturas de muñeco sugería que la pérdida completa del control de su cuerpo era el resultado visible de una vivencia interna de desintegración. ⁽¹⁸⁾ El temor a que el objeto perseguidor entrara de nuevo en él por la fuerza era sin duda acrecentado por el hecho *de* que *su* madre en cierta medida había actuado en esa forma en la realidad (ver su manera de alimentarlo, p. 457).

Herbert Rosenfeld describe cómo en el análisis de esquizofrénicos, el paciente a veces no puede diferenciarse de los demás; halla que la confusión de identidades se origina en el hecho de que el paciente siente que gran parte de su propio yo se perdió en los objetos externos, debido al uso excesivo del mecanismo de **identificación proyectiva**. ⁽¹⁹⁾ Estados de pérdida de identidad ocurrieron con bastante frecuencia en el periodo de siete meses que abarca este trabajo, especialmente en la etapa que describo ahora. Por ejemplo: al final de una sesión tormentosa (cuarta semana), me senté en el piso sin que al principio el niño lo notara. Al hacerlo, su aspecto fue el de alguien que ve un fantasma. Acto seguido cayó

¹⁸ Ver Melanie Klein, “Notes on Some Schizoid Mechanisms” (1946) en *Developments in Psycho-Analysis*, London, 1952, 292 (traducido en Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1948, VI-1; “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”) y II. Rosenfeld, “Analysis of a Schizophrenic State with Depersonalization” (1947), *Int. J. Psycho-Analysis*, XXVIII, 130 y “Notes on the Psycho-Analysis of the Super-ego Conflict of an Acute Schizophrenic Patient” en *New Directions as in Psycho-Analysis*, Tavistock Publications Ltd. London, 1955.

¹⁹ Ver “Notes on the Psycho-Analysis of the Super-ego Conflict of an Acute Schizophrenic Patient” en *New Directions in Psycho-Analysis*, Tavistock Publications Ltd. London, 1955. Ver la descripción del mecanismo de identificación proyectiva en el trabajo de Melanie Klein “Notes of Some Schizoid Mechanisms” en *Developments in Psycho-Analysis*. London, 1952 (traducido en Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1948, VI-1: “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”).

fláccidamente sobre e] piso como lo hacía ante una frustración; pero por un tiempo más largo. Finalmente se arrastró hacia mí, haciendo frenéticos esfuerzos para levantarme, agarrándome por las rodillas, los zapatos, la solapa; podía decirse, pues, que si “yo caía”, el caía también, no haciendo distinción entre lo que le sucedía a él o a mí.

LA NOCION DE UN OBJETO IDEAL

Intentaré exponer varios rasgos de la personalidad de este niño que desconcertaban, en el sentido de que no encuadraban en absoluto en el marco de total autismo y negativismo. He aquí un ejemplo. En la cuarta semana de análisis a pesar de que apenas si me había mirado a la cara, hizo gestos imitando a alguien que se sacó los lentes; sólo más tarde me di cuenta de que la causa de ello era que yo tenía un par de lentes nuevos (tan parecido por otra parte al par viejo que Raúl fue entre todos mis pacientes el único que notara el cambio). Además, este niño que hasta entonces no se había atrevido a más que mover algún juguete, un día, al finalizar el primer mes de tratamiento, repentina e inesperadamente empezó a construir una torre bien alta, de ladrillos, con mucho mayor destreza de la que se observa por lo común en niños normales de su edad. Pero estas hazañas de destreza o ingenio sólo eran destellos en la oscuridad; se desvanecían como habían aparecido y eran reemplazados una vez más por el comportamiento autístico. Luego de observar estos breves cambios gradualmente llegué a sentir que había aún mucho más camino que recorrer en las capas más profundas de su mente de lo que yo estaba preparado para creer.

Desearía aquí exponer aquellos elementos del comportamiento o aspecto general de Raúl que no cuadraban dentro del marco autístico. Ya mencioné, en relación con la primera entrevista, la expresión inteligente de este niño así como su gracia. El ejemplo citado más arriba ilustra su destreza manual poco común y su sentido del equilibrio. También poseía un conocimiento mecánico intuitivo, ⁽²⁰⁾ pero,

²⁰ Cuando interrogué a su padre respecto a esa habilidad, éste me contó que poco antes (creía que después de iniciar el análisis) Raúl habla desmontado la máquina de picar carne, operación bastante difícil que implicaba destornillar y desconectar varias piezas mecánicas. Pocos meses después, también fue capaz de juntar nuevamente las piezas. Agregaré que *tours de force* parecidos hablan sido ejecutados *antes* de empezar el tratamiento

en esta etapa de su análisis, no era particularmente afecto a objetos mecánicos. Además, su sentido de la orientación era superior a lo que se hubiese esperado de él. También parecía tener buena memoria y sabía, a los pocos días, dónde encontrar un objeto que sólo había visto una o dos veces. A esto agregaré que sus padres habían observado una precoz disposición para la música (a los seis meses de edad). El padre, quien tenía oído musical, había notado que los primeros laleos del niño pronto se parecían a una canción. Ciertos tipos de música producían en Raúl un efecto tranquilizador instantáneo y dejaba de gritar en medio de un ataque de rabia para escuchar con atención determinada pieza, aun antes de tener un año de edad. ⁽²¹⁾

Expondré ahora un material (segunda sesión, cuarta semana) que me permitió un más profundo insight de lo que podría llamarse el aspecto “dotado” de la personalidad de este niño. En la hora que precedió a la aquí descrita, Raúl había estado disponiendo los juguetes en la forma indicada en las páginas 461 y 462, pero pronto renunció al juego y tuvo un ataque de rabia cuya causa me escapó.

En la sesión siguiente jugó en la misma forma, pero esta vez el juego tenía mayor significado. Al principio de la hora, colocó de plano sobre el piso un trozo rectangular delgado de madera terciada (5 x 7 pulg.), componente de un juego, y lo rodeó de cercos de juguete, no dejando brechas entre estos últimos. En el recinto así formado colocó ladrillos y pequeños juguetes (figuras humanas, animalitos, bolitas, etc.), con cuidado al principio, luego apilándolos simplemente. Si caía un cerco cuando estaba formando una pila, lo enderezaba de inmediato. Una vez que el espacio cerrado estuvo lleno hasta arriba de juguetes procedió a colocar sobre el piso otros trozos rectangulares de madera, primero alrededor del trozo cercado, luego más lejos, dejándolos separados como si se tratara de dominós. Todos estos trozos, doce aproximadamente, fueron dejadas sin cercar. Sobre ellos el niño colocó juguetes extras distribuyéndolos en tal forma que sólo unos pocos quedaban cerca de la parte cerrada, o recinto, y ninguno de ellos era colocado sobre los trozos más alejados.

²¹ Cada vez que escuchaba la voz de Bing Crosby, Raúl caía en un estado de concentración dichosa; pero, cosa bastante curiosa, era insensible a la voz de otros crooners americanos.

Creo que el principal conflicto de Raúl —su aislamiento del mundo exterior— se hallaba representado vívidamente en la forma en que eran distribuidos los juguetes. Porque la pila de juguetes estaba confinada en un espacio cerrado (Raúl había cuidado especialmente de que fuese cerrado) y carecía de toda comunicación con los trozos que se hallaban fuera del recinto. Esta disposición parecía el diagrama de su autismo, e ilustraba la forma en que se habla retraído de la realidad exterior dentro de su cáscara.

Empecé a interpretar mientras proseguía el juego y, en este caso también, entendí el material en términos orales principalmente. Hablé de que había tragado todo lo que era bueno (el pecho bueno, el pene bueno, etc.) ⁽²²⁾ y que nada, o nada que no fuera malo, existía en el mundo exterior.

La noción de soledad apareció en mis interpretaciones al preguntarme a mí mismo el motivo por el cual el niño había traído ese juego en el material analítico; le dije que él tenía frío y se sentía solo sin “mamá” y sin “papá” fuera de él y que me pedía ayuda.

Sentí que Raúl escuchaba mis interpretaciones. Su rostro expresaba cierta atención, y esto era nuevo para mí.

Más adelante, cuando hubo terminado de disponer los juguetes, empecé a comprender el juego (y en parte a interpretarlo) como exteriorización asimismo de una situación interna donde la parte “cercada” representaba una fuente de bondad o gratificación dissociada de la otra parte de su persona e inaccesible para ella. En otras palabras, pensé que algo similar a la barrera autística que lo mantenía apartado del mundo exterior, existía asimismo entre las diferentes partes de su mundo interior.

²² Queriendo transmitirle la impresión que su comportamiento autístico producía en mí, también me referí aquí a que él había tragado al “Raúl bueno”, hallándose la parte buena de su persona, por decirlo así, dentro de los límites de su yo. Para transmitirle la noción de algo exterior a él, señalé el recinto diciendo: “Raúl”; señalé luego los demás trozos de madera diciendo: “No, Raúl, fuera de Raúl”. Claro está que en este como en los demás casos utilicé ampliamente los distintos ordenamientos de los juguetes para hacer comprensible mis interpretaciones.

Al consultar mis notas veo que no registré el momento en que tuve plena conciencia de la importancia de un objeto ideal “inasimilado”, que podía dar razón de varios aspectos del estado del niño, como ser la existencia de la parte disociada “dotada” de su personalidad; eso sí, tomé conciencia de ello, en carácter de suposición, en el período del “juego del recinto” y adquirió mayor significado dos semanas más tarde cuando el niño empezó a alucinar. Supuse (e interpreté en su mayor parte en las sesiones siguientes) que mantenía el objeto ideal separado de la parte restante de su persona, por temor a los objetos perseguidores internos y externos y a las partes destructivas de su yo. Además, debido a la intensidad de la angustia persecutoria y a la excesiva disociación del yo, el objeto debía ser protegido de un peligro constante agrupando a su alrededor todas las fuerzas que lograra reunir el debilitado yo. La intensidad del temor explicaba la incapacidad del niño para beneficiarse de la fuente interna de gratificación. En otras palabras, el objeto ideal no podía ser **asimilado**. Melanie Klein y Paula Heimann describen este proceso. ⁽²³⁾

La incapacidad para asimilar lo cercado proviene, según lo mostró Melanie Klein, a la vez de la idealización excesiva necesaria para contrarrestar la intensidad de la angustia persecutoria y de una duda básica acerca de la bondad del propio objeto ideal. El modo como Raúl apilaba juguetes apresuradamente en el recinto sugería desconfianza acerca de la naturaleza última del objeto ideal, —no se atrevía a mirarlo de cerca.

EXPERIENCIAS ALUCINATORIAS

Al finalizar el primer mes de análisis el niño jugaba, en conjunto, con más

²³ Ver el trabajo de Paula Heimann “A Contribution to the Problem of Sublimation and its Relation to the Processes of internalization” (1942), *It. J. Psycho-Analysis*, tomo XXIII - 1 (traducido en Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1951, VIII -4: “Una contribución al problema de la sublimación y su relación con los procesos de internalización”. N. del T.). En este trabajo el concepto de “asimilación” es introducido en relación con la sublimación exitosa, mientras que el objeto no asimilado (ya sea éste perseguidor o idealizado) es el que hace pesar sobre el sujeto exigencias continuas y transforma su trabajo (la sublimación) en una esclavitud bajo un amo interno. Melanie Klein en “Notes on Some Schizoid Mechanisms”, *Developments in Psycho-Analysis* (1952), p. 302, (Rey, de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1948, VI -1) aplica este concepto al tratar de los disturbios tempranos del desarrollo del yo ocasionados por lo que ella llama “la huida hacia el objeto interno idealizado”, debido a la intensidad de la angustia persecutoria.

animación. En términos generales, se alternaban varias actitudes durante las sesiones. El retraimiento autístico predominaba aún en el niño, pero crisis de comportamiento desasosegado o exigente sacudían a menudo su apatía. Ahora acostumbraba a mirarme (sólo ojeadas al pasar) en casi cada sesión, y en varias oportunidades sonrió abiertamente, si bien no pude relacionar su sonrisa con nada en particular. También varias maneras de jugar estaban presentes simultáneamente. En la misma forma monótona, seguía ordenando los pequeños juguetes como si fueran piezas de ajedrez. Pero muy a menudo los empleaba en una forma que podría describirse como curiosamente funcional, es decir dando a cada objeto su uso correcto: el martillo servía para clavar, un automóvil para desplazarse, un cerco para cercar, etc.... La imaginación parecía estar excluida y los juguetes no eran utilizados como símbolos de alguna otra cosa. Determinados rasgos de este juego sin imaginación pronto predominaron sin embargo, agregándole interés. El juego tuvo más y más que ver con abrir y cerrar cosas, hacer deslizarse un objeto sobre otro o poner objetos en un recipiente y volver a sacarlos. El factor común de estas actividades se hallaba en un más sostenido interés del niño por lo que estaba haciendo, así como por los objetos mismos.

En ese período Raúl ideó el juego siguiente. Al verlo interesado en cosas que abrían y cerraban, yo había incluido entre sus juguetes un pequeño portón de plomo. No jugó con él durante las dos primeras sesiones. Durante la tercera sin embargo primero abrió y cerró la puerta del cuarto de juego y luego examinó detenidamente el portón. Luego hizo que un animal de juguete pasara por él repetidas veces, abriendo y cerrando el portón en cada oportunidad. Finalmente trató de hacer pasar por el portón un trozo de papel arrugado, gritando ansiosamente cuando la pelota de papel se detuvo y no pasó por el portón. Luego de este incidente el *niño* interrumpió ese *juego*, transcurriendo *varios meses antes* de que volviera al pequeño portón. Tenté varias interpretaciones de este juego. Hablé de mis palabras (las palabras de “el Amigo”) (²⁴) y de mi cuerpo penetrando *en* él como una gran masa de excrementos que lo hería; también como el alimento que *su* madre quería introducirle en la boca. Dije además que sospechaba de mí por haberle traído un

²⁴ En esa época los padres de Raúl hablaban de “el Amigo” al referirse a mí ante el niño en la casa.

juguete nuevo (no lo tocó durante dos sesiones) y que él sentía que yo quería abrirlo (usé el portón para demostrárselo) para sacarle sus cosas “buenas” y poner en él mi alimento malo, mi suciedad y excrementos. Sentí que el niño trataba de hacer una distinción más clara entre lo que se hallaba fuera y lo que se hallaba dentro de él. Dije, colocando el portón cerca de él: “Raúl tiene una boca, una boca entre Raúl y Amigo y Raúl no sabe si éste es el alimento bueno de Amigo (enseñándole el animalito que había pasado *sin dificultad* por el portón) o el alimento malo del Amigo (enseñándole la pelota de papel) que hiere y explota”. Fue significativo que el niño, si bien había interrumpido el juego, lleno de ansiedad, no *empezó* a hacer alguna otra cosa y miró los objetos que yo había utilizado en apoyo de mis interpretaciones.

Este material cobra mayor importancia si recordamos que precedió inmediatamente las alucinaciones. En verdad se puede decir que introdujo los fenómenos siguientes, que fueron observados algunas sesiones más tarde, en la sexta semana de análisis aproximadamente.

Es probable que el niño hubiera alucinado durante un par de sesiones sin que yo lo notara. Observé luego que las sesiones se desarrollaron según un padrón mantenido durante algunos días en los que su comportamiento alternó entre estados de concentración (en el sentido que Marion Milner define en su trabajo ⁽²⁵⁾ y estados de retraimiento o desasosiego, siendo abrupto el cambio de uno a otro. Su nueva actitud demostraba expectativa y ansia. A veces, aunque no a menudo, parecía hallarse en un estado de arrobamiento. Su concentración ansiosa recordaba la de una persona que se detiene de pronto en medio de un acto trivial al oír un sonido significativo; poseía la misma nota de suspenso, de movimiento detenido. A la verdad, me di cuenta de que estaba atento a algo que venía en dirección del techo; su manera de mirar hacia arriba con suma atención no dejaba lugar a dudas. Parecía estar viendo también cosas proyectadas sobre el techo, pues seguía con la mirada la órbita invisible de un objeto. Me impresionó como muy significativo que esas alucinaciones arrobadas y ansiosas tuvieran lugar, por lo general, durante mis

²⁵ Ver “Aspects of Symbolism in Comprehension of the Not Self”. (Trabajo publicado en una forma algo más breve en *New Directions in Psycho-Analysis*, Tavistock Publications Ltd. London, 1955 bajo el título: “The Role of Illusion in Symbol Formation”. N. del T.).

interpretaciones y que la duración de esos fenómenos fuera aproximadamente la de las mismas. Mi voz parecía pues contribuir a condicionar la respuesta alucinatoria.
(²⁶)

El resultado inmediato de este fenómeno fue reducir la distancia entre nosotros. Sentí que las “visiones” eran un puente que permitía una mayor facilidad de comunicación. Probaron que me había escuchado con atención. Juzgando por su expresión cuando alucinaba, habíame vuelto yo un objeto muy importante para él. Sus alucinaciones podían pues ser consideradas como señal de considerable progreso, al proporcionarle, como lo hacían, mayores medios de contacto con un objeto externo; las “visiones” contribuían pues a activar la introyección y proyección.

Las “visiones” de Raúl pueden compararse a las alucinaciones optativas del lactante. Melanie Klein (²⁷) mostró que en dicho estado el niño posee totalmente un pecho inagotable ideal — vivencia psíquica de arrobamiento basada en la evocación omnipotente de un pecho idealizado y la negación omnipotente (anihilamiento) de un pecho perseguidor. Pienso que esto era igualmente cierto en el caso de Raúl; la “visión” representa ha la proyección del objeto interno idealizado. Creo que su **habilidad** para alucinar era el resultado del trabajo analítico realizado hasta entonces, pues ese estado implicaba que la disminución de la angustia persecutoria permitía al niño un mayor contacto con el objeto idealizado, mantenido hasta entonces “cercado” en el yo (ver el juego del cerco, pp. 467 y 468). Al sentirse menos temeroso, podía ahora revelarme la posesión de ese objeto ideal. A este respecto *el juego* de unos días antes con la pelota de papel que se había detenido ante el portón de juguete podía ser relacionado con la proyección de ese objeto idealizado, ilustrando la ansiedad del niño sobre si debía mantenerlo dentro de sí o si podía exteriorizarlo. Pero, tal como dije anteriormente, la “visión” me ayudó a establecer una relación más estrecha con el niño, y esto sugiero que estaba

²⁶ El niño alucinó primeramente durante las sesiones y sólo varios días después fue esto observado en la casa. Nunca había alucinado anteriormente y su madre estaba muy alarmada al contarme que su hijo había tenido “visiones”. (No la había yo informado de la aparición de este fenómeno en las sesiones).

²⁷ Ver “Some Theoretical Conclusions Regarding the Emotional Life of the Infant” y “Notes on Some Schizoid Mechanisms” (1946) en *Developments in Psycho-Analysis* (London, 1952). (Traducidos respectivamente en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 1958, II - 3 y Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1948, VI -1. N. del T.).

evocando no solamente el pecho ideal sino también una parte de su propio yo. Dicha parte era alucinada fuera de él, reuniéndose a medio camino con el objeto externo. Parecería que lo proyectado (un objeto y una parte de su yo) era sentido como bueno; la alucinación era en última instancia un compromiso entre la tendencia a la libidinización del mundo y el temor a hacerlo. De ahí que lo exteriorizado estuviera por así decirlo detenido a medio camino entre si mismo y el objeto externo. Al interpretar recalqué estos dos aspectos: su deseo de colocar en mí el pecho bueno y el Raúl bueno, y su temor de que yo le quitara esas cosas buenas y las dañara.

Estas visiones, ansiosas o felices, fueron por un tiempo muy corto el único tipo de alucinaciones observable. Aparecieron alucinaciones terribles algunas sesiones después y ambos fenómenos alternaron durante más de un mes; las alucinaciones felices se hicieron cada vez menos frecuentes hasta desaparecer casi por completo. La aparición de las alucinaciones terribles confirmaba las observaciones de Melanie Klein referentes a las alucinaciones optativas: éstas no pueden mantenerse por mucho tiempo porque se basan en la negación omnipotente del objeto persecuidor disociado y de la angustia persecutoria. Las alucinaciones terribles de Raúl, en su punto máximo, eran conmovedoras, pues a través de ellas se volvían evidentes el carácter agudo de las angustias persecutorias y la intensidad del sufrimiento del niño. Sus alucinaciones terribles generalmente seguían un padrón determinado, diferenciándose mayormente en intensidad y frecuencia. Empezaban con un ataque de rabia, con o sin causa discernible. Luego fijaba el techo con una mirada que expresaba temor. La habitación pronto parecía llenarse de perseguidores, a juzgar por la manera en que Raúl se volvía bruscamente mirando hacia los rincones (a veces giraba literalmente como un trompo, gritando). Parecía estar rodeado de enemigos. Seguía un estado de pánico y Raúl se lanzaba a través de la habitación en tal forma que casi podía “verse” el círculo de sus perseguidores cerrándose en torno suyo. Cuando el pánico llegaba a su máximo daba un grito ahogado y caía sobre el piso. Era el mismo colapso ya descrito en el episodio de “mi mano” (pág. 465) en que Raúl caía con posturas de muñeco. En este caso también podía “verse” que la caída se debía a la vívida fantasía del niño de que los perseguidores irrumpían en su camino. ⁽²⁸⁾

²⁸ Como en el caso mencionado por la Dra. Lois Munro en “Steps in Ego-Integration observed in a Play-

Dije más arriba que estas vivencias eran conmovedoras de presenciar; creo que me impresionaron como tales debido sobre todo a la total indefensión del niño. Raúl temblaba de miedo pero no intentaba defenderse, ni siquiera alzando el brazo para proteger sus ojos. De hecho, parecía estar totalmente a merced de sus perseguidores alucinados. Una escena como la que describí duraba apenas unos pocos minutos y a veces llegaba a tener hasta cinco o más colapsos de ese tipo en una sesión. Ocasionalmente golpeaba la cabeza contra la pared antes de caer.

Aunque este nuevo síntoma pudiera aparecer todo menos tranquilizador, de hecho sentía yo que constituía una señal de considerable progreso. Las alucinaciones mostraban en efecto que ahora era capaz de **vivenciar** una persecución aguda y le proporcionaban los medios para ello; sentía yo que su terror frente a los objetos perseguidores, hasta entonces fuertemente negado, podía llegar a luz en razón de una disminución de la angustia y una mayor integración del yo. En otras palabras, le era ahora posible tomar conciencia de su propia realidad psíquica aterradora porque estaba menos desintegrado.

Creo que el niño no había alucinado anteriormente porque su yo carecía de la suficiente coherencia para esa vivencia. Debido a la excesiva disociación, su yo en efecto establecía escasa diferencia entre los acontecimientos internos y externos y sus impulsos eran demasiado difusos para permitirle evocar claramente las alucinaciones y mantenerlas por un tiempo. También podría decirse que recién al llegar a esa etapa se le pudo observar alucinando, porque había dejado de alucinar constantemente. Con esto quiero decir que la negación total de la realidad externa manifestada en su autismo podría considerarse como una **alucinación negativa continua**.

Con respecto al **contenido** de las alucinaciones terribles, creo que éstas representaban **además** un objeto y una parte del yo de Raúl: en este caso, el pecho perseguidor o la madre perseguidora, y la parte agresiva de su propia persona. La relación entre esas “visiones” y yo mismo podía percibir claramente cuando Raúl

Analysis”, *New Directions la PsychoAnalysis*, Tavistock Publications Ltd., London, 1955, es probable que este colapso total representara a la vez la “muerte” del niño a manos de sus perseguidores y la huía frente a éstos.

alucinaba como resultado de frustraciones infligidas por mí; era obvio que alucinaba entonces a un perseguidor a fin de no verme a mí como tal. De ahí que yo interpretara a menudo la “visión” como mi doble disociado que el niño “rehabilitaba” para que yo siguiera siendo bueno — bueno pero ineficiente. Al verse rodeado por sus perseguidores, no me llamaba ni solicitaba mi ayuda; yo sólo era testigo del drama. Mi ineficiencia me hacía recordar el objeto “cercado”, ideal pero estéril, descrito anteriormente (pp. 469 y 470). Esto es significativo, porque las alucinaciones se hicieron menos aterradoras cuando se volvió hacia mí en busca de protección.

Esta protección consistía en utilizar mi cuerpo a manera de escudo o parapeto que lo escondiera de sus perseguidores. Era muy típico de esa fase el que viera perseguidores en todas partes y sintiera pánico, tal como describo más arriba (pág. 474) pero entonces, en el momento crítico, en lugar de caer, corría hacia mí y se acurrucaba contra mi cuerpo. Ahí parecía sentirse seguro. De vez en cuando echaba una mirada en dirección del peligro. ⁽²⁹⁾

Observé también que las “visiones” tendían a volverse más y más localizadas, por lo general en un rincón del techo de la habitación, y esto parecía ser el resultado de su capacidad para utilizarme como escudo. Pero cuando la angustia era demasiado fuerte ya no buscaba mi protección y sus alucinaciones volvíanse de nuevo difusas y aterradoras.

El hecho de que me utilizara como protector indicaba que yo había llegado a ser un objeto más seguro, o más fuerte. Su manera de utilizarme —acurrucándose como contra un escudo— sugería que buscaba protección dentro de mi cuerpo. También me referiré aquí a la inversión de roles ocurrida con respecto al “juego del cerco” (p. 467): había entonces supuesto que el niño protegía su objeto ideal con un

²⁹ La primera vez que el niño utilizó mi cuerpo para protegerse tiene interés en sí. En esa sesión hablase mostrado más tranquilo que de costumbre. De pronto agarró mi reloj pulsera. Se lo di y lo inspeccionó cuidadosamente; luego —y esto era asaz sorprendente— colocó el dial junto a su ojo, a manera de monóculo, como queriendo escuchar el tic-tac con el ojo. Mantuvo el reloj por un tiempo en esa posición antes de llevarlo al oído. No sabía yo qué pensar de ese “error” que dicho sea de paso constituye un buen ejemplo de lo imprevisible que puede ser un niño autista. Era obvio que el niño debía saber que veía y no oía con sus ojos y por lo tanto me inclino a considerar este incidente como una variante de su técnica del probar; debía probarme con su ojo para ver si yo (representado por una cosa que yo poseía) era peligroso o si podía confiar en mí. Incidentalmente, se agregaron a ésta otras indicaciones de que Raúl consideraba sus ojos más protegidos que sus oídos, debido quizá al hecho de que los primeros pueden cerrarse mientras que los últimos están siempre expuestos a los estímulos externos (ver la manera en que cerraba los oídos trayendo el pabellón hacia adelante).

escudo o barrera (los cercos alrededor de las pilas de juguetes): aquí yo —el objeto— lo protegía por un artificio similar. Esto constituía un progreso, puesto que todo ello sugiere que era mucho más fácil para este niño proteger que ser protegido. Transcurrió más de un mes antes de que sus alucinaciones se hicieran menos aterradoras.

EL JUEGO CON AGUA

Raúl empezó a jugar con agua un par de sesiones después de haber utilizado mi cuerpo como escudo. Su actitud, cautelosa al principio, pronto se hizo libre y desenvuelta. Sin embargo, pasaron siete sesiones dedicadas exclusivamente al juego con agua antes de que se decidiera a probarla. Durante esas sesiones gozaba en llenar el lavatorio hasta el borde y luego sumergir los brazos hasta la axila, removiendo el agua con tal turbulencia que por lo general se empapaba. Otras veces hundía muy suavemente sus brazos desnudos en el lavatorio y parecía gustar del contacto del agua fría. En esas ocasiones lo oí reír por primera vez.⁽³⁰⁾ El niño no daba señal de hallarse angustiado cuando se empapaba o inundaba el cuarto.

Describiré aquí dos sesiones: una en que bebió, y la siguiente, donde la angustia depresiva apareció como rasgo principal.

En la primera su goce del agua fue más vivo que nunca. Llenó repetidamente un vaso y derramó agua por todo el cuarto de baño: debajo del lavatorio, sobre las canillas, y especialmente en latas y otros recipientes. Continuó haciendo esto por un rato y luego bebió del vaso. Esto me sorprendió, porque nada había indicado que iba a hacerlo. Algunos momentos después tomó otro sorbo. Pero antes de finalizar la hora había hallado un modo de beber más excitante; consistía éste en chupar y lamer el borde del lavatorio todo alrededor mientras dejaba desbordar el agua. Al hacerlo le brillaban los ojos y su cuerpo se estremecía de goce.

Cuando hubo terminado la sesión, la madre entró en el cuarto de juego para cambiar las ropas mojadas del niño. Este la recibió con una sonrisa radiante y,

³⁰ Esta también fue la primera ocasión en que manifestó una sensación corporal. En una oportunidad, cuando hubo empapado sus ropas, hizo un gesto para que yo le sacara el overall que llevaba puesto. Hubieron otras indicaciones en este periodo que me hicieron “sentir” que él sentía su cuerpo.

mientras era secado con una toalla y empolvado, parecía totalmente feliz. La actitud de la madre fue una sorpresa para mí, pues en esa ocasión manifestó una comprensión tierna y sensitiva de las necesidades de su hijo.

Esa feliz relación madre-hijo parecía ser la consumación de la vivencia importante y bien redondeada que Raúl había tenido ese día; me recordó la observación del Dr. Winnicott acerca de la importancia de una vivencia total para el desarrollo emocional del niño. ⁽³¹⁾

Trataré aquí solamente uno de los aspectos de este material sobredeterminado: el que concierne la relación dichosa del niño con el pecho. Había sido capaz de ser alimentado por éste y gozar del alimento totalmente. Su manera de jugar en el lavatorio, de hundir suavemente sus brazos en el agua, parecían indicar una fusión, un sentimiento de unidad con el pecho ideal, siendo esta vivencia opuesta a la que había tenido previamente con el objeto ideal “cercado”, estéril.

Creo que desempeñé dos papeles en la transferencia: por una parte era yo el pecho generoso o la madre que daba ese pecho; por la otra, el hermanito de Raúl o su padre con quien no podía compartir el pecho. Con respecto a este último papel era bien significativo que el niño me sintiera primeramente como protector, o escudo, y que sólo más adelante fuera capaz de sentir que yo podía alimentarlo — por medio del lavatorio— que representaba obviamente el pecho. El hecho de que yo fuera mayormente un objeto protector y generoso indicaba que existía una distinción más clara en su mundo interno entre el objeto bueno y el objeto malo, y que el primero no se hallaba de manera tan constante en peligro de ser arrollado por el último (ver el “juego del cerco”, página 467).

Pero pienso que asimismo yo representaba al hermano de Raúl, porque jugar en el lavatorio era como mostrarme el pecho, y, creo, también compartirlo. Agregaré aquí que mientras interpretaba me acerqué al lavatorio un par de veces para imitar lo que estaba haciendo Raúl, y que mi intrusión no lo molestó. El hecho de que el lavatorio fuese un pecho desbordante debió ser significativo, porque entonces se volvía inagotable y podía sentir que su avidez no lo vaciaría y que tampoco estaba

³¹ *The Ordinary Devoted Mother and her Baby*, Nine Broadcast Talks, 1949.

en peligro de verse privado de él silo compartía con su hermano. Melanie Klein⁽³²⁾ recalqué repetidas veces que la idealización es utilizada por el niño para defenderse contra la angustia persecutoria y para negar el daño infligido al objeto. El resultado de este material confirma su punto de vista, como veremos ahora.

Raúl siguió jugando con agua durante la sesión siguiente. Jugó como el día anterior y aún chupé el borde del lavatorio, pero la **manera** de jugar era totalmente distinta: estaba preocupado y tenso y no se divertía con la misma libertad. Al principio de la sesión *había* sacado una pantalla de un armario próximo⁽³³⁾, colocándola sobre la mesa del cuarto de baño antes de comenzar a jugar con agua. Se preocupaba visiblemente por la seguridad de la pantalla; la miraba a menudo mientras jugaba y finalmente interrumpió el juego al ver que estaba salpicada de agua. Su reacción fue de angustia, y, de inmediato, empezó a alucinar. Esta vez la alucinación tuvo por centro la lamparilla eléctrica que se hallaba encima del lavatorio. A pesar de que el niño tenía mucho miedo de esa lamparilla, no escapé enseguida, sino que cruzó el cuarto de baño y “rescató” la pantalla antes de salir corriendo. Por el resto de la sesión guardó la pantalla *junto* a sí y no volvió al baño.

El progreso evidenciado en esta sesión consistía en el interés de Raúl por un objeto. Amaba y cuidaba a la pantalla, y se preocupaba por ella. Vivenció culpa y aflicción al verla mojada. Estos rasgos mostraban un movimiento hacia la depresión que nunca se había manifestado hasta entonces. El hecho de que se arriesgara para salvar la pantalla era especialmente significativo; indicaba una nueva capacidad para defender lo que amaba. Se notará también que las actitudes y actos de Raúl tenían un significado más claro en esta sesión. El hilo de sus emociones corría ininterrumpidamente desde un estado en que cuidaba de un objeto y se preocupaba por éste, a otro en que la culpa y angustia se combinaban a la decisión de defenderlo. Sus actos formaban una trama coherente; pienso que la razón de esto debe hallarse en su mayor capacidad para tolerar la culpa y vivenciar sentimientos depresivos.

Al mojarse la pantalla, el niño no pudo hacer frente a la angustia de haber

³² Ver “Some Theoretical Conclusions Regarding the Emotional Life of the Infant” en *Developments in Psycho-Analysis* (London, 1952). (Traducido en Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 11-3, 1958. N. del T.).

³³ Este armario, que contenía trozos de madera, se encontraba frente a la puerta del cuarto de juego y el niño lo había abierto en otras ocasiones. Le di la pantalla y otros objetos contenidos en este armario porque, en ese período, prefería jugar con objetos de la casa más bien que con juguetes.

dañado el objeto amado sin disociarlo. La lamparilla eléctrica se transformó entonces en el objeto aterrador, es decir el objeto destruido. Pero una lamparilla eléctrica y una pantalla van naturalmente juntas, de modo pues que el hecho de que lo eligiera para el objeto bueno y el objeto malo sugiere una disminución de los mecanismos disociativos.

Finalmente, la pantalla era el primer símbolo claro que aparecía; el primero de una serie que habría de seguir. Era éste el primer objeto con el que el niño creó un vínculo emocional estable. Era un claro símbolo del pecho y lo interpreté como el resultado de la vivencia total del día anterior — el chupar el borde del lavatorio en particular. El lavatorio y la pantalla representaban el pecho, pero el primero se hallaba demasiado próximo al pecho para poder funcionar como símbolo. ⁽³⁴⁾

MANIFESTACIONES AGRESIVAS Y MAYOR CONTACTO CON LA REALIDAD

Hasta entonces (tercer mes) Raúl interrumpía el juego obedientemente y dejaba el cuarto al finalizar las sesiones. Nunca me miraba cuando le decía adiós. Tampoco deseaba llevarse un juguete a su casa. Sin embargo, al finalizar la sesión que acabo de describir, su actitud fue diferente pues quiso llevarse la pantalla. Por lo tanto deseaba poseer el objeto amado. Le dije que quería llevarme consigo y guardarme dentro de sí. También le dije que sentía que su cuerpo era seguro y que deseaba guardar el objeto amado para él solo.

Su actitud en ese momento contrastaba con el desprendimiento total que había mostrado anteriormente al finalizar las sesiones. Llevarse la pantalla equivalía a guardarme en su interior en lugar de negar drásticamente al separarnos, mi existencia y su amor por mí. Más adelante, al volver a pensar en esto, me di cuenta de que el demostrar deseo de posesión también significaba una disminución de la omnipotencia: debemos sentir que existen cosas no poseídas que necesitamos, antes de llegar a formar el deseo de posesión.

³⁴ La pantalla no era, en sí, un sustituto del pecho; poseía esa cualidad esencial del símbolo, por la que la “connotación permanece con el símbolo cuando el objeto de su denotación no está presente ni es buscado...”
Susanne K. Langer, *Philosophy in a New Key*, Cambridge, 1942, y Londres, 1951, p. 52.

Decidí no permitir a Raúl llevarse la pantalla a su casa; un ataque de rabia siguió a la frustración. Alzando la voz de modo que me oyera traté de manejar su rabia así como la frustración que la causaba. Se le sacaba el pecho bueno. Pero la pantalla no sólo representaba el pecho ideal; era el símbolo de las vivencias felices recientes del lavatorio. Pienso que también representaba una parte de sí mismo. Quitábale por lo tanto esa vivencia de unión feliz con el pecho. No interpreté este último punto porque la conmoción era entonces demasiado fuerte para que él me oyera y yo pensara con claridad. No obstante volví repetidamente sobre esto en los días subsiguientes.

Cuando el estado de angustia de Raúl dio muestras de ceder, lo llevé al lugar donde habría de guardarse la pantalla y se lo mostré. Esto lo tranquilizó, si bien estaba inquieto aún cuando la madre lo llevó consigo. Creo que mi decisión fue acertada. Me dolía la desesperación del niño y tenía dudas sobre mi actitud. Pero había actuado de acuerdo a mi anterior experiencia con Raúl, la que me había enseñado a ser tan consecuente como fuese posible con respecto a lo que podía o no hacer. ⁽³⁵⁾ Lo que sucedió posteriormente en el análisis -de Raúl parece respaldar mi opinión: una abierta agresividad vino a colocarse en primer plano

Al día siguiente se mostró retraído. Fue a buscar la pantalla, pero pronto la dejó en un rincón. Se puso entonces inquieto y tuvo un ataque de rabia que duró casi toda la hora. Esta sesión fue la primera de un período tormentoso que duró unas dos semanas. Durante ese tiempo Raúl tuvo varias alucinaciones terribles y por varios días no sintió mi cuerpo como un escudo seguro. Parecía que un retroceso se hubiera producido, a no ser por un hecho: el niño se tomó más abiertamente agresivo. Cuando su rabia llegaba al máximo, tiraba violentamente los objetos que lo rodeaban o les daba puntapiés. El acto agresivo ocurría generalmente en el momento en que, durante las alucinaciones de persecución anteriores, había caído

³⁵ Creo que M. Mahler tiene una opinión distinta sobre este punto. Exponiendo “la psicosis autista infantil” en su trabajo “On Child Psychosis and Schizophrenia” (*The Psycho-Analytic Study of the Child* (Vol. VII, 1.952, p. 286) presenta un historial (Lotta, de tres años y cuatro meses) y dice explícitamente: “Durante la terapia, utilizando *todos los recursos concebibles*, fue lentamente llevada a la percepción sensorial del mundo exterior ..” p. 290 (la bastardilla es mía). Más adelante especifica esta afirmación. Respecto al niño autista en general escribe: “De ahí que daba ser atraído fuera de su cáscara autística por medio de toda suerte de recursos tales como la música, las actividades rítmicas y los estímulos agradables de los órganos de los sentidos” p. 302. Pero creo que las interpretaciones de los procesos inconscientes que subyacen el autismo hacen innecesarios esos otros recursos. Según Melanie Klein perturban el análisis y dificultan las interpretaciones.

al suelo; el acto agresivo parecía realmente ser el sustituto del colapso corporal. De ser así, Raúl podía ahora exteriorizar y por lo tanto representar dramáticamente la situación destructiva de angustia que anteriormente ocurría dentro de él. Además, en general mostraba una mayor capacidad para resistir a sus perseguidores. Ahora los amenazaba o aún los “exorcizaba”, pues apretaba los dientes, fruncía el ceño y hacía toda suerte de muecas “terribles” ante las apariciones fantasmales. En una ocasión abrió la ventana, hizo un gesto de mando con los brazos ordenando a los perseguidores dejar la habitación, y luego cerró la ventana, muy contento de sí mismo. No se mostró ya perturbado durante esa sesión.

La inquietud del niño fue quizá más fuerte durante las primeras cinco sesiones que siguieron al incidente de la pantalla. Cerca del final de la quinta sesión surgió un cambio interesante y repentino en su manera de ser: Había desordenado las sillas del cuarto de juego al principiar la hora y estaba particularmente colérico y turbulento. Luego, de pronto, quedó inmóvil y silencioso. Era una transición sorprendente del alboroto al silencio. El primero hacía resaltar este último. Raúl quedó inmóvil por un rato; luego tomó una silla y la colocó delicadamente en equilibrio sobre el borde de otra. Observó las sillas por unos instantes como para asegurarse de que la silla de arriba al oscilar no fuera a perder el equilibrio y caer. Luego tomó una regla metálica bastante grande que estaba en el armario donde había hallado la pantalla y, sosteniéndola con ambas manos, como un balancín, quedó de nuevo inmóvil en el centro del cuarto. Me impresionó su manera inquisidora, asombrada casi, de mirar alrededor del cuarto.

Parecía intensa, si bien apaciblemente feliz. Esta vivencia poseía un fuerte sentido estético. Yo sabía que algo importante estaba ocurriendo o iba a ocurrir en la mente del niño. No podía sino sentirme seducido por el misterio y suspenso que emanaban de esta escena.³⁶ Tuve la impresión de que el niño estaba descubriendo algo en el espacio que lo rodeaba, como si estuviera re-creando el mundo y que todo lo que había destruido en sus fantasías volviera a la vida. Traté de expresárselo con palabras; para esto centré mis interpretaciones sobre el papel

³⁶ Marion Milner, en su trabajo “Aspects of Symbolism in Comprehension of the Not-Self” (en *New Directions in Psycho-Analysis*) describe una situación en el análisis de un niño de siete años que me parece muy similar en cuanto a significado estético a la que describo aquí. Las suposiciones que hace a fin de explicar el material fueron de gran valor para mi comprensión de las experiencias estéticas de Raúl; en especial las opiniones que expone en la parte de su trabajo titulada: “Aesthetic Experience and the Merging of the Boundary”.

importante que parecía desempeñar aquí la reparación.

Me referí a su modo violento de tirar las sillas y cómo eso había sido como destrozarse mi cuerpo (el cuerpo del Amigo), recalcando su presente necesidad de reunir los pedazos. Aquí, como en las sesiones precedentes, volví al incidente de la pantalla que parecía el punto de partida de una mayor agresividad y dije que yo había sido la “mamá mala” que le había quitado el pecho y que le había hecho sentir deseos de destrozarse. Pero el punto que requería especial énfasis me pareció ser el de las fantasías reparativas y, en particular, la reparación por medio de su pene. Pues en esa sesión, la regla metálica aparecía claramente como un símbolo del pene. Interpreté que era capaz de desparramar cosas porque tenía menos miedo de su agresión y de las cualidades agresivas de su pene en particular y podía por lo tanto creer que éste también poseía funciones reparativas “buenas”.

La respuesta del niño a esta interpretación fue notable: escuchó atentamente, pareciendo comprender mis palabras; tomó luego mi mano y la apretó tiernamente contra su mejilla. Su cuerpo se apoyaba ligeramente en el mío de modo que parecíamos repetir el arreglo de las dos sillas en equilibrio frente a nosotros. Le dije que también tenía menos miedo de mi pene, haciendo esto posible que admitiera (comprendiera) mis palabras porque eran sentidas como el pene bueno o viniendo de éste. Finalmente, dije que Raúl sentía que él era una “mamá” y yo un “papa y que estábamos teniendo un “bebé bueno”, que “estábamos haciendo un Raúl nuevo

Desearía ahora hacer un breve resumen de los principales acontecimientos de las quince semanas de análisis transcurridas hasta entonces. Raúl había comenzado a alucinar en la sexta semana y pasaron otras seis antes de que estos fenómenos disminuyeran en intensidad. Empezó entonces el juego con agua, alcanzando éste su clímax en menos de dos semanas (siete sesiones) cuando Raúl bebió del vaso. La pantalla apareció al día siguiente. Una semana y una sesión más pasaron, caracterizadas por sus arranques agresivos, hasta que llegamos a la sesión descrita más arriba. Esta secuencia de acontecimientos muestra que el progreso del niño se aceleró una vez que cedieron sus alucinaciones persecutorias, pues varios cambios ocurrieron luego en el transcurso de tres semanas. En el período que describiré ahora hasta el momento en que pronunció la primera palabra y abarcando casi un mes, ocurrieron varios cambios simultáneos, de modo que no puedo hacer más que indicar la dirección general de estos progresos y exponer

parte del material más significativo.

Durante este período Raúl siguió siendo agresivo. Pero también desarrolló una nueva manera de tratar los elementos espaciales, pues, además de mostrar mayor interés por una más amplia línea de objetos, comenzó a tener ideas definidas sobre cómo usarlos y dónde colocarlos. Por ejemplo, dedicó varias sesiones a “re-ordenar” el cuarto de juego. Trabajó con mucha energía en sus nuevos esquemas, desplazando muebles, a veces arrastrándolos fuera del cuarto y volviendo a traerlos; demostraba gran ingenio en la variación de arreglos. Manejaba los juguetes con mayor libertad, empezando a gustar o no de ellos de una manera más definida. Trataba con sumo cuidado y delicadeza los juguetes que le gustaban, pero era negligente y a menudo violento con aquéllos que no. Tenía un modo delicado de acercarse a determinados objetos que le gustaban especialmente, tocándolos ligeramente con la punta de los dedos y levantando nuevamente las manos como hacen a veces los pianistas.

Raúl también usaba sus manos en forma creadora en un juego que repetía a menudo: consistía en arrodillarse a mi lado en el diván, sacarme los lentes y ponérmelos diestramente una y otra vez y luego palmearme la cara, apretándola suavemente, como si estuviera modelándola o dándole forma. Este juego, equivalente a un ritual, ponía de manifiesto el deseo de contacto íntimo conmigo; en esos momentos contenía una risa de alegría y gorgoteaba suavemente. ⁽³⁷⁾

Creo que comenzaba a hacer un uso mucho más amplio de símbolos. Podíase ver claramente que estaba tratando la realidad exterior en una forma nueva: libidinizaba los objetos externos, los modelaba para hacer símbolos con ellos. Usaba los juguetes en una forma cada vez más simbólica: un pedazo de tiza, por ejemplo, dejaba de ser utilizado exclusivamente para dibujar y representaba ahora un clavo en un juego de mentirijillas, en el que un ladrillo era un martillo, o era colocado en una botella **como si** fuera una vela, etc.

El uso más amplio de símbolos coincidió con la emisión de los primeros sonidos articulados, y aquí de nuevo, exactamente como en el caso de las alucinaciones, aparecieron primeramente en una sesión y luego en la casa. Pronunció el primer

³⁷ Varios rituales distintos aparecieron en ese período; creo que la primera actitud que sugiriera claramente un ritual fue la de sostener la regla metálica en las manos mientras “re-creaba” el mundo.

sonido significativo seis sesiones después de aquella en que las dos sillas en equilibrio y la regla metálica fueron interpretadas como manifestaciones de sus fantasías reparativas (ver pág. 482). Esto sucedió luego que me hubo saludado en una forma particularmente cálida, pues sonrió al entrar en el cuarto de juego y apretó mi mano contra su mejilla. Tomó entonces una silla y apoyó la regla contra ella. Trepó sobre la silla y empezó a abrir y a cerrar el conmutador de la lamparilla eléctrica; a cada parpadeo de la luz, pronunciaba un sonido “ua-ua” a manera de una orden. Ciertamente gozaba con este juego en que la luz le “obedecía” y prosiguió con él durante unos diez minutos. Este juego me sugirió varias líneas de interpretaciones. Le dije que Raúl era como “papá” y que tenía el pene grande de “papá” (o del Amigo) que hacía “ua-ua”. Con este “ua-ua”, continué, Raúl era grande y fuerte y podía hacer que la luz apareciera y desapareciera. Dado que el niño habíase vuelto temeroso de la luz (desde el día en que había mojado la pantalla y había sentido miedo de la lamparilla eléctrica del cuarto de baño), interpreté que el “ua-ua” provenía del pene bueno, tan poderoso que podía transformar la “luz-pene mala” en un débil bebé que tenía que hacer lo que se le ordenaba: cuando Raúl decía “ua-ua”, el pene “malo” huía. ⁽³⁸⁾ También hablé de su control mágico sobre las cosas, tal como hacer el día y la noche con su sonido o controlar las relaciones de sus padres. Finalmente, y mientras aún aparecía y se apagaba la luz, hablé de su necesidad de un pene interno bueno para controlar su orina.

El niño escuchó mis interpretaciones, pero no puede decirse que manifestara mucho interés en ellas. Después de jugar con la luz, fue al pizarrón y trazó con tiza una serie de líneas verticales. Le pregunté si eso era Raúl y dejó de dibujar para mirarme y sonreírme. Dibujó luego un garabato circular y respondió en la misma forma cuando le pregunté si aquello representaba a “mamá”.

La secuencia dos veces repetidas de respuestas con sentido a una pregunta mía no se había presentado anteriormente; nunca antes había estado tan cerca de una respuesta directa. Acto seguido trepó sobre la mesa y se recostó boca arriba, abriendo las piernas. Parecía que para él responder a mi pregunta era lo mismo que recibir el órgano masculino; por lo que interpreté que mis palabras eran como un

³⁸ Debo señalar que ninguno de estos sonidos articulados es una palabra del español.

pene que penetraba en él y le daba “palabras-bebés” como el sonido “ua-ua”.⁽³⁹⁾ Por lo tanto podemos decir que para Raúl comprender equivalía literalmente a concebir.

En los días siguientes otros sonidos aparecieron en rápida sucesión: “buu”, “gui”, “baa”, en un marco no distinto del descrito en relación con el primer sonido. A menudo en efecto hacia gestos femeninos; además su actitud toda era de naturaleza receptiva femenina. También noté que con frecuencia vocalizaba cuando tenía en las manos objetos de claro simbolismo sexual. ⁽⁴⁰⁾

Esta actitud receptiva era significativa. Creo que fuera la contraparte de su otro logro: el uso más amplio de símbolos, que representaba la libidinización del mundo exterior al volcar en él partes buenas de sí mismo. El mayor interjuego del mundo interno y externo del niño originaba un tipo de comportamiento mucho menos autoplástico. Podía ahora, hasta cierto punto, modificar el mundo exterior actuando sobre éste en lugar de negarlo mágicamente o cambiarlo. Creo que esto se debiera a la disminución de la angustia persecutoria, la que le permitía sentir menos desconfianza de sus objetos externos e internos y lo capacitaba para dar más de lo bueno “cercado” en su mundo interno. El hecho de que fuera más abiertamente agresivo era muy importante a este respecto, porque mostraba que negaba menos sus pulsiones destructivas y que las partes de su persona sentidas como agresivas ya no estaban tan disociadas como anteriormente, en particular el pene, del que tenía menos miedo y que por lo tanto podía sentir como instrumento de reparación y no tan sólo de destrucción.

³⁹ Esta es una interpretación casi literal. El hecho de que colocara la regla metálica contra la silla antes de empezar a jugar apoya, creo, mi suposición de que el sonido articulado estaba relacionado con la posesión de un pene “bueno”.

⁴⁰ Una vez vocalizó mientras trataba de subir por una escalera estrecha sosteniendo la regla metálica en una mano y la pantalla (resucitada para esa ocasión) en la otra. También vocalizó durante una sesión en que la regla y un radiador eléctrico desempeñaron papeles importantes. Con respecto a sus gestos femeninos, su madre informó que el niño por ese entonces sentíase particularmente atraído por sus prendas y que lo había visto a menudo llevando su sombrero, guantes y cartera.

LA PRIMERA PALABRA Y SU AMBIENTACION

A manera de introducción a la sesión en que habló por primera vez, diré que al finalizar el período que acabo de describir el niño se interesó en el problema de la perspectiva; pasaba un tiempo considerable contemplando algún objeto desde ángulos diferentes. Daré un ejemplo: desde la sala de espera veíase un tragaluz del edificio. Su aspecto exterior (una torrecilla rectangular) le había interesado cada vez que había ido a la azotea. En una ocasión, luego de haberlo observado con atención, pareció ocurrírsele una idea y bajó corriendo la escalera, yendo directamente a la sala de espera a fijar la mirada en la mancha cuadrada de luz en el techo. Era evidente que el niño había comprendido que los aspectos exterior e interior del tragaluz constituían dos facetas distintas de un mismo objeto. Un interés similar por las diferentes perspectivas de los objetos manifestóse en otras ocasiones, en particular en la sesión en que habló por primera vez. Esto ocurrió el primer día en que lo vi después de una interrupción del tratamiento por una semana en las vacaciones de Pascua.

Al principio de la hora miró largo tiempo la caja del ascensor a través del espacio comprendido entre la puerta del ascensor y el descanso. Luego subió y bajó la escalera, comportándose en la forma siguiente: cuando se hallaba en el descanso del piso de arriba miraba al del piso de abajo y viceversa. En otras palabras, miraba el sitio de donde había venido desde el lugar al que había llegado. Esa actividad fue interpretada como descripción de los sentimientos de separación sufridos por el niño durante las vacaciones, y de la distancia que nos había separado.

Pronto me di cuenta de que Raúl había cambiado. Su madre me contó que luego de unos días “malos” el niño había sido alegre y cariñoso durante el resto de la semana. Cuando volvió al consultorio me reconoció en seguida y pareció encantado de verme nuevamente. Me impresionó sobre todo su mayor independencia. En lugar de tomar mi mano como siempre lo había hecho, ahora entraba y salía del cuarto y bajaba y subía la escalera solo. Interpreté primeramente su comportamiento como un signo de resentimiento, como si tratara de decirme: “Puedo desempeñarme muy bien sin usted”. Pero, considerando la impresión general que producía el niño, fui llevado a recalcar su sentimiento de haber sido capaz de conservarme dentro de él (de recordarme) durante los siete días de

interrupción. Le dije que se había sentido colérico y vacío cuando yo no había aparecido y que él me había buscado (interpreté su mirar la caja del ascensor como el mirar dentro de él) y que sentía que me había destruido —durante el período “malo”— pero que luego me había devuelto a la vida.

Su independencia fue interpretada como el resultado de haberme conservado a salvo como un objeto interno, auxiliador, en el que podía confiar.

Pero otros rasgos importantes aparecieron en esa sesión. No sólo era más independiente con relación a mí, sino que también pidió ayuda abiertamente, en una forma sin precedente. Así, cuando regresó de la escalera, se inclinó por la ventana e hizo un gesto indicando que lo sostuviera más firmemente para que pudiera inclinarse más. Esto implicaba una noción realista del peligro y mi ayuda era solicitada en el momento adecuado.

El niño me pidió ayuda nuevamente poco tiempo después. Se puso colérico sin causa aparente y dio curso a su rabia tirando a golpes una silla. Tan pronto como hizo esto mostró sentir gran miedo de la silla y corrió hacia mí. Esta vez no se escudó contra mi cuerpo como acostumbraba, sino que me pidió de alzarlo en brazos. Cuando lo hube hecho se calmó y de inmediato fue al baño y ahí, sin mirarme, dijo por dos veces, con toda claridad: “Mamá”. La ambientación de esta sesión mostró tener rasgos en común con las sesiones siguientes en las que introdujo otras palabras; por lo tanto las conclusiones presentadas aquí, si bien están relacionadas específicamente a esta sesión en particular, se aplican a la tendencia general de ese período. ⁽⁴¹⁾

Lo interesante de esta sesión era la forma nueva en que el niño manejaba su agresividad. La silla golpeada se transformaba en el objeto temido; lo dañado se volvía perseguidor. Jamás había aparecido anteriormente un lazo causal tan claro entre su agresividad y la persecución. La silla “dañada” fue interpretada como representando al analista, que lo había frustrado y que Raúl, en sus fantasías, había

⁴¹ Como en el caso de los sonidos articulados, sin palabras, una vez que hubo pronunciado la primera palabra, otras siguieron y en menos de un mes había utilizado más de media docena de ellas. Al principio su lenguaje era “autístico”: el niño parecía a hablar a sí mismo y sus expresiones ocurrían al azar, si bien a menudo empleaba su vocabulario correctamente. Al mes perdió nuevamente lo que había logrado, como resultado de la mudanza del cuarto de juego a otro edificio. Allí empezó lentamente a hablar y ahora, en el séptimo mes de tratamiento, Raúl ya ha pronunciado frases de dos palabras (la primera fue “agua-mamá”). El lenguaje tiende a volverse comunicativo, pero el progreso es lento. Particularmente significativo es el hecho de que aún no aprendió a decir “sí” o “no”.

destruido. Pero existían otros hechos que me hicieron ampliar esta interpretación. Había sido capaz de darse cuenta de su propia agresividad y había mostrado tener una noción realista del peligro en la ventana. ¿De qué peligro había tomado conciencia? Creo que se trataba, en última instancia, del peligro de sus propias pulsiones agresivas, que eran ahora sentidas como viniendo de su interior; al aceptarlas habíase vuelto capaz de tomar también conciencia de los peligros externos. De acuerdo con esto, también interpreté la silla como representando su propia persona agresiva a la que sentía tan aterradora que no podía con ella sin mi ayuda.

Los rasgos siguientes estaban presentes en esa sesión: reconocimiento de mí luego de la separación, independencia, conciencia realista del peligro y mayor comprensión de sus propias pulsiones agresivas.

Estos rasgos indicaban que su yo estaba más integrado, que se había producido una síntesis más firme de sus pulsiones libidinales y agresivas y que habíase desarrollado la percepción de la realidad externa e interna. Parece entonces claro que esta *nueva* perspectiva psíquica diese origen a su primera palabra.

Una discusión amplia de las razones que llevaron al niño a hablar, así como del significado que las palabras tenían para él, rebasaría el alcance de este trabajo. Sería necesario considerar el surgimiento del simbolismo yerbal en relación con otros modos simbólicos de expresión, tales como rituales, gestos y juegos imaginativos; tarea que no puedo emprender aquí.

Por lo tanto, desearía únicamente atraer la atención sobre el hecho de que la primera palabra de Raúl apareció en el momento del análisis en que los rasgos depresivos aparecieron más cerca de la superficie.

Melanie Klein mostró la importancia de la posición depresiva en el desarrollo mental.⁽⁴²⁾ En dicho estadio, ocurren cambios básicos en la manera en que el niño vivencia el mundo. Los límites del conocimiento —percepciones, reacciones, sentimientos, ideas— se amplían. Y esto sigue a la capacitación del yo para vivenciar la culpa y cuidar sus objetos; también sigue a la comprensión del yo de

⁴² “A Contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States” (1935), en *Contributions to Psycho-Analysis, 1921-43* (1948) (Traducido en Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1947, IV-3. N. del T.). También existe una breve y útil descripción de la posición depresiva en el trabajo de Hanna Segal, “A Psycho-Analytic Approach to Aesthetics” en *New Directions in Psycho-Analysis*, Tavistock Publications Ltd. London, 1955.

que su amor y su odio se refieren a un mismo objeto y que este objeto no es parte de la persona sino que tiene vida propia.

El análisis de Raúl parece mostrar que existe una relación estrecha entre la posición depresiva y la formación de símbolos. Cada paso hacia esa posición era acompañada de una constelación de símbolos y estos eran cada vez más ricos de significado y abarcaban una línea cada vez más amplia de objetos e intereses.

Creo que esa relación existía claramente en el caso de Raúl; pero naturalmente sería necesario un estudio más profundo antes de establecerla como regla general.
(⁴³)

DESARROLLO EN EL CURSO DEL ANÁLISIS

Se pudo observar un gran progreso en los primeros siete meses de análisis, pero aún queda mucho por hacer si se desea superar con éxito el estado psicótico. En este trabajo me he concentrado en la serie de cambios aparecidos en el comportamiento del niño. Estos cambios relatan una historia de progreso rápido, lo que constituiría una descripción unilateral si no se llamara la atención sobre el hecho de que la base del comportamiento del niño es aún predominantemente autística. La mayoría de los síntomas descritos al principio están aún presentes al finalizar este período de siete meses, pero su frecuencia e intensidad disminuyeron considerablemente. Se presentan a menudo estados de desapego emocional y retraimiento, pero rara vez duran toda una sesión, mientras que los ataques de rabia, con o sin alucinaciones, son aun muy comunes.

La conducta de Raúl en el hogar mejoró considerablemente. Es mucho más afectuoso con los padres, en particular con su padre. Es capaz de manifestar celos de su hermano y también, últimamente, de demostrarle afecto. Le gusta jugar con niños a quienes conoce bien y prefiere los juegos que requieran correr mucho. Si bien su agresividad es aún muy inhibida, se le vio golpear a otros niños en una o dos ocasiones.

⁴³ Podrá hallarse una evidencia más amplia de esta relación en el trabajo de W. R. Dillenburger "Language and the Schizophrenic" en *New Directions in Psycho-Analysis*, Tavistock Publications Ltd. London, 1955.

Un cambio dramático se produjo en relación con la comida. Raúl adquirió un apetito voraz, a tal punto que su madre se queja de lo difícil que resulta mantenerlo tranquilo mientras se preparan los alimentos. Ahora le gusta la carne y su dieta incluye varios platos nuevos.

El progreso del lenguaje es lento. Dije más arriba que aún es incapaz de decir “sí” o “no”. Ahora comprende mucho mejor, y a veces hace, lo que se le dice. En el momento de escribir este artículo, logró el control de esfínteres. Adquirió este hábito repentinamente y en menos de quince días fue totalmente limpio de día y de noche.

Por último, noté que sus alucinaciones parecían transformarse lentamente en fobias. Sus alucinaciones visuales tienden a transformarse en temor de la luz viva. Desvía la mirada y da vuelta el rostro frente a la luz en una forma que sugiere la presencia de una ftofobia. También tiene reacciones fóbicas hacia objetos extraños, la aspiradora, por ejemplo. Varios signos indican que su primitiva insensibilidad se transformó en una hipersensibilidad generalizada. ⁽⁴⁴⁾ Por ejemplo grita si un trocito de alimento cae sobre su servilleta; no tolera el contacto de ciertos materiales ásperos y es muy delicado con respecto a su ropa.

AUTISMO INFANTIL TEMPRANO

Bajo el título de “Early Infantile Autism” Kanner presentó un grupo de niños con una sintomatología muy similar a la de Raúl. Lo que sigue es un breve resumen de las observaciones de Kanner. ⁽⁴⁵⁾

Estos niños son generalmente retraídos y carentes de emociones desde la temprana infancia. Por regla general, son tranquilos y se portan bien; pueden ser dejados solos por largo rato sin que lloren. Dado que sus síntomas son silenciosos y

⁴⁴ P. Bergmann y S. K. Escalona relatan casos de niños cuya descripción clínica relacionan a la de Kanner en “Early Infantile Autism”. Estos niños presentan hipersensibilidades no distintas de las de Raúl. Ver “Unusual Sensitivities in Very Young Children”, en *The Psycho-Analytic Study of the Child*, tomo 111-IV, 1949, p. 333.

⁴⁵ Por información más detallada ver la descripción de Kanner del Autismo Infantil Temprano en su libro *Child Psychiatry* (Springfield, 111, 1935), p. 716.

no perturban a los mayores, los padres generalmente no notan ninguna anormalidad hasta el segundo o aún el tercer año.

Los padres se quejan entonces del retraimiento de su hijo. El niño autista no hace diferencia entre las personas a quienes conoce y las que le son totalmente extrañas; a todas trata por igual. La propia madre es tratada en forma desapegada, carente de emotividad. Estos niños no parecen desear de las personas sino una cosa: que los dejen solos. A solas juegan plácidamente por largas horas, y sus juegos, como los de Raúl, por lo general carecen de imaginación o sentido. Responden con rabia y angustia si personas o acontecimientos imprevistos interfieren en sus actividades.

Parece, en verdad, que lo que más temen en su vida es lo imprevisto; muestran lo que Kanner describe como “un deseo obsesivo del mantenimiento de la uniformidad”; ⁽⁴⁶⁾ cualquier cambio en la rutina diaria puede conducirlos a la desesperación. Se llevan mejor con los objetos inanimados que con los animados; hasta cierto punto, en verdad, tratan a las personas como si fuesen objetos inanimados, pues sólo consideran en ellas la parte del cuerpo con la que se hallan en contacto inmediato.

Aproximadamente las dos terceras partes de los treinta o más niños vistos por Kanner (hasta 1948) aprendieron a hablar. Su lenguaje se caracteriza por los siguientes rasgos: el empleo de sustantivos y la pronunciación no presentan dificultades, por lo contrario, habitualmente aprenden de memoria y recuerdan con asombrosa seguridad largas listas de palabras; pero no utilizan su vocabulario con fines de comunicación. Las palabras no tienen significado para los demás. Son frecuentes la ecolalia y la “inversión pronominal” (no-distinción entre “yo” y “tú” o “usted”); Kanner considera esta última casi como el signo patognómico de este estado.

Estos niños tienen un rendimiento intelectual general muy bajo, pero sus rostros son habitualmente inteligentes y casi siempre se destacan en algún terreno intelectual o artístico. Algunos son considerados niños prodigios, pero pronto aparece que su talento, por muy grande que fuere, es unilateral y en extraña desarmonía con el resto de la personalidad. Por último proceden a menudo de familias frías, ultra-intelectuales.

El estado de Raúl indudablemente encuadra dentro de la descripción de Kanner

⁴⁶ *Child Psychiatry*, p. 718.

del Autismo Infantil Temprano. ⁽⁴⁷⁾

Sus síntomas, uno por uno, están incluidos en el esquema de Kanner y el lector puede referirse a su historial con fines de correlación. La excelente descripción que hace ese autor del Autismo Infantil Temprano me resultó muy ilustrativa pues, además de su valor diagnóstico inherente, me capacitó para apoyar la experiencia ganada en un solo caso sobre un fondo de entidad nosológica bien definida. Además creo que la descripción fenomenológica de Kanner aporta un caudal de datos confirmatorios a algunas afirmaciones de Melanie Klein relativas a los estadios tempranos del desarrollo mental, la posición esquizo-paranoide. Es significativo que Kanner mismo no hizo más que dar una descripción fenomenológica del grupo patológico que definió, sin profundizar la psicopatología subyacente. ⁽⁴⁸⁾ Esto puede deberse a que no *concibe* la multiplicidad de los síntomas autísticos como tentativas activas de dominar la angustia. Parece que los considerara únicamente

⁴⁷ Los doctores Pichon-Riviere tuvieron oportunidad de estudiar diez casos de Autismo Infantil Temprano, siete de los cuales están en tratamiento a7lalítico con Pichon-Riviere y sus colaboradores. Aplican la técnica de juego de Melanie Klein y sus observaciones son en general similares a las mías; les quedo profundamente agradecido por haber colocado materiales de casos y su valiosa experiencia a mi disposición. En base a esos materiales, parece que todos esos niños tienen dificultades en la alimentación a partir del nacimiento y que casi siempre son extremadamente inagresivos. Kanner no se refiere explícitamente a estos rasgos pero parecen estar implícitamente contenidos en su descripción. Ninguna referencia definida fue hecha por Kanner u otros a las alucinaciones en estos niños, que yo sepa. Esto me sorprende, dado que hallé otro niño autista que alucina. Se trata de un niño de doce años que empecé recién a analizar y cuya sintomatología se parece asombrosamente a la de Raúl, salvo que habla. En *la primera* entrevista pude ver que alucinaba y, cuando le pregunté qué veía, me dijo que un hombre jugando al football en el techo. Dos sesiones después “vio” al diablo detrás mío y mostró aguda ansiedad. Este niño tiene un don real por la música; me afirman que puede decir quién dirige una sinfonía transmitida por radio aun cuando no haya escuchado anteriormente al director en esa pieza en particular, pues conoce el estilo de todos los directores de renombre.

⁴⁸ Kanner, *op. cit.*, expone extensamente los puntos de vista de Melanie Klein acerca de las técnicas de análisis de niños y se muestra en desacuerdo con ellos. Sus críticas evidencian que tiene conocimiento del trabajo de Melanie Klein. En el capítulo sobre Esquizofrenias Infantiles dice que “Klein, Rapoport y Cottington pueden informar sobre progresos como premio a la psicoterapia”. Desgraciadamente, sin embargo, el nombre de Melanie Klein es omitido en la bibliografía, de manera que el lector no puede relacionar los resultados-premios a ningún caso en particular (obtenidos en el análisis de Dick por ejemplo) - El trabajo de Rapoport, en cambio, no es emitido; concluye significativamente: “Para resumir, Cite en toda su extensión el trabajo de Melanie Klein (“La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo”) porque, en primer lugar, constituye una contribución importante a los problemas de la esquizofrenia en los niños; en segundo lugar porque en determinados ejemplos sus observaciones sobre la psicodinámica corren paralelas a la descripción clínica de nuestro paciente. El contacto terapéutico quedó establecido y se logró el insight acerca del problema del niño cuando, utilizando una técnica de juego similar a la de Melanie Klein, llegó a ser inteligible el significado del simbolismo oscuro del paciente”. El paciente de Rapoport, un niño de once años, mostraba “similitudes notables” con Dick: rechazo de los alimentos, inhibición para golpear, retraimiento (“ignoraba a las personas durante días), ecolalia, disociación del dolor, etc.... Ver el trabajo de Rapoport: “Therapeutic Process in a Case of Childhood Schizophrenia”, *The Nervous Child*” (1942), p. 188.

como expresión de una mente anormalmente no-desarrollada, resultante de una disposición autística innata y de un ambiente desfavorable. Así por ejemplo, en su opinión, el niño trata a las personas como “objetos parciales” solamente porque no puede concebir objetos totales.

Las formulaciones de Melanie Klein dan cuenta y reúnen los diferentes rasgos del comportamiento autístico como no lo hizo ninguna otra teoría, que yo sepa. Basándome en sus puntos de vista esbozaré algunas conclusiones que, creo, se aplican de un modo general al grupo autista infantil.

El ánimo de estos niños alterna entre dos extremos. Parecen plácidos o aun dichosos, o de lo contrario asustados y desesperados. Generalmente oscilan bruscamente de uno a otro extremo, sin estados intermedios. Parecen tranquilos cuando se les deja solos en medio de sus cosas; la angustia surge súbitamente si irrumpe un objeto externo al que no pueden ignorar.

Parecen odiar y temer al mundo exterior. Cuando están tranquilos, su falta de interés por el mundo exterior resulta de la negación de su existencia. En el autismo infantil esta negación parece ser extrema. Creo que en algunos casos graves, como el de Raúl, llega a una alucinación negativa del ambiente. Por lo tanto viven en un espacio vacío, no oyen nuestra voz ni ven nuestro cuerpo. Resulta significativo, en cuanto a esto, que muchos niños autistas fueran considerados sordos. ⁽⁴⁹⁾

Estos niños niegan la existencia del mundo exterior porque proyectaron en él todo lo que es odioso, doloroso y aterrador (objetos, sentimientos, situaciones). El factor cuantitativo es extremadamente importante y explica su pronunciado retraimiento: parecen proyectar y negar en bloc ⁽⁵⁰⁾ la totalidad de la parte agresiva de sus personas. Esta negación masiva explicaría en primer lugar porqué su objeto externo puede repentinamente transformarse en un perseguidor temible y, en segundo lugar, porqué son inagresivos al punto de carecer aún de tendencia de auto-preservación. En el niño de doce años que estoy tratando, la falta de agresividad es tan pronunciada que, al caer, no pudo proteger su rostro con los brazos,

⁴⁹ Ver Kanner, *op. cit.*, p. 717.

⁵⁰ En francés en el texto original. (N. del T.)

lastimándose la frente. El caso de Raúl ilustra claramente la intensidad de la angustia persecutoria (ver sus alucinaciones de terror) y su inagresiva impotencia. Cuando la proyección y negación de las pulsiones es hecha en una escala tan vasta, una gran parte del yo es también disociada, de manera que es bastante debilitada. El yo débil necesita defenderse. El niño autista se defiende por medios mágicos.

El niño autista es una criatura omnipotente. En muchos aspectos es el soberano despótico de un mundo estático poblado por aquellos que poseen la obediencia ciega de los objetos inanimados. Su comportamiento sugiere que solamente participan en las situaciones externas en que la “uniformidad” del ambiente proporciona un apoyo conveniente a sus fantasías de control. Las teorías de Melanie Klein relativas al mecanismo de identificación proyectiva resultan esenciales para la comprensión de la manera en que el niño autista llega a sentir que controla el mundo con omnipotencia.⁽⁵¹⁾ Al proyectar partes de su persona en el objeto siente que lo controla porque identifica el objeto con la parte proyectada de su persona. Considero que debido al uso extremado de la identificación proyectiva el niño autista llega a considerar el mundo exterior como parte de su persona; puede entonces negarlo totalmente y o controlarlo totalmente. En su omnipotencia, cree que las personas son títeres cuyas partes separadas, como mi mano en el caso de Raúl, son herramientas o apéndices que pueden utilizar para sus propios fines.

Pero esta fantasía puede ser frustrada, y a menudo lo es. Esto ocurre por lo general cuando el objeto externo (o el acontecimiento) actúa **repentinamente**, en una forma por así decirlo impropia de un títere. Se viene entonces al suelo la creencia del niño en su omnipotencia. Al fallar su mecanismo defensivo, se siente enfrentado — y a merced — de un objeto persecuidor del que puede decirse que contiene todas sus pulsiones agresivas.

Cuando esto ocurre, teme su propio aniquilamiento; creo en efecto que la intensidad de la angustia en el niño autista es similar a la que provoca la muerte inminente. La vivencia del aniquilamiento surge al sentir que el objeto persecuidor irrumpe en su propio cuerpo y lo destruye (ver los colapsos de Raúl, en que parecía

⁵¹ Para la descripción de la identificación proyectiva, ver “Notes on Some Schizoid Mechanisms” (1946) en *Developments in Psycho-Analysis*, 1952 (traducido en Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1948, VI -1: “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”. N. del T.).

un muñeco, p. 465 y 474). Este violento entrar-de-nuevo de los perseguidores parece constituir la situación de angustia más importante en el autismo infantil.

La alternancia de los estados de ánimo en estos niños tiene un equivalente, y éste está en relación con sus esquemas corporales. ⁽⁵²⁾ Es difícil describir el comportamiento autístico sin emplear términos como “cáscara”, “barrera”, “estando envuelto”, para dar cuenta de nuestras impresiones. Con estos términos transmitimos nuestra impresión de que un límite abruptamente definido existe entre nosotros y el niño retraído. Pero tampoco podemos prescindir de conceptos como “desintegración” y “caos” al describir por ejemplo las vivencias aterradoras de aniquilamiento del yo que también sufren estos niños. Sentimos entonces que aquel límite semejante a una cáscara ya no existe. Esto sugiere que el niño autista se aferra a una barrera que separa lo que siente ser bueno y ser su persona, de lo que siente ser malo y ajeno a ella. Por temor a un mundo perseguidor, hace de aquella barrera una cáscara, constituyendo ésta una defensa contra la confusión y pérdida de la diferenciación entre un mundo interno “bueno” y un mundo externo “malo”. El estado de confusión es originado, según lo mostró H. Rosenfeld en sus trabajos con pacientes esquizofrénicos, por el uso desordenado de la identificación proyectiva, ⁽⁵³⁾ y puede ser claramente observado en algún niño autista que haya adquirido el lenguaje. La peculiar construcción gramatical llamada “inversión pronominal”, en la que “llega a hablar de sí mismo siempre como de “tú” o “usted” y de la persona a quien habla como de “yo” ⁽⁵⁴⁾ está evidentemente relacionada con la confusión subyacente de “yo” y “no-yo”.

⁵² Utilizo el término “esquema corporal” en el sentido definido por W. C. M. Scott, esperando no aplicar indebidamente sus ideas. Ver su artículo “A Problem of Ego Structure”, *Psycho-Anal. Quart.* (1948), 71, en el que desarrolla el concepto de “imagen corporal” de Paul Schilder (*The Image and Appearance of the Human Body*, Psyche Monographs N° 4, 1935).

⁵³ Ver “Note on the Psychopathology of Confusional States in Chronic Schizophrenias”, 1950, Int.j. *Psycho-Anal.*, tomo XXXI, 132 (traducido en el presente número de Revista Uruguay de Psicoanálisis: “Nota sobre la Psicopatología de los estados confusionales en la esquizofrenia crónica”. 7N. del T.). Ver también “Notes on the Psycho-Analysis of the Super-ego Conflict of an Acute Schizophrenic Patient” en *New Directions in Psycho-Analysis*, Tavistock Publications Ltd. London, 1955 (traducido en Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1953, X - 3: “Observaciones sobre el conflicto del superyo en una forma aguda de esquizofrenia”. N. del T.).

⁵⁴ Ver Kanner, *op. cit.*, p. 718.

En un niño autista analizado por la Sra. G. Racker también vióse que la ecolalia representaba esta confusión y la defensa contra ella: al repetir la palabra, era la otra persona (confusión), pero al ser el eco de la otra persona, reflejaba la palabra al exterior sin asimilarla. ⁽⁵⁵⁾

El niño autista es muy narcisista. Se relaciona con un objeto externo sólo hasta, donde llega a sentir que es una parte de su propia persona (identificación proyectiva). El trabajo de Melanie Klein mostró que en los estados narcisísticos es mantenida la relación con un objeto interno. En el análisis de Raúl surge claramente la relación con un objeto interno ideal. Y creo que esa relación da cuenta de varios fenómenos presentes en el autismo infantil. Daría cuenta por ejemplo de los momentos dichosos que estos niños tienen a menudo. Además, el hecho de que aún la propia conservación sea trabada en ellos no puede explicarse solamente por la negación masiva de la agresividad. Sugiere una des-atención del cuerpo porque existe algo más — el objeto ideal interno — que el niño trata de proteger y por el que realmente se preocupa. El cuerpo sería, según las palabras de Melanie Klein “sólo la cáscara (del objeto ideal) “. ⁽⁵⁶⁾ Esta actitud puede tener algo que ver con la frecuente insensibilidad de estos niños al sufrimiento corporal.

Por último, la noción de un objeto interno ideal ofrece una explicación de un problema muy interesante planteado por el autismo infantil: él de la belleza, talento por la música y movimientos graciosos de estos niños.

Kanner menciona, en una comunicación privada, ⁽⁵⁷⁾ que solamente uno de los aproximadamente treinta casos estudiados por él no era dotado para la música. Además, a menudo son notables la hermosura y gracia de estos niños. Kanner no menciona explícitamente dichas cualidades, pero se refiere a ellas (la belleza, en particular) en varios historiales. Estas cualidades estuvieron también presentes en los niños estudiados por Pichon-Riviére y sus colaboradores, así como en los niños vistos por mí.

⁵⁵ Comunicación personal.

⁵⁶ Ver “Notes on Some Schizoid Mechanisms” en *Developments in Psycho-Analysis*, p. 302 (traducido en Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, 1948, VI - 1. N. del T.) - Refiriéndose a la idealización excesiva como mecanismo defensivo, Melanie Klein dice que el yo puede depender tan enteramente de su objeto ideal que llega a ser “tan sólo su cáscara”. Creo que esta afirmación se aplica específicamente al niño autista.

⁵⁷ ⁵⁷ Relatada por P. Bergmann y S. K. Escalona en el trabajo: “Unusual Sensitivities in Very Young Children” en *The Psycho-Analytic Study of the Child*,. tomo III - LV, p. 333, 1949.

El niño autista, como Narciso, es hermoso. ⁽⁵⁸⁾ A este respecto existe un pasaje altamente significativo en el trabajo de Freud “Introducción al Narcisismo” ⁽⁵⁹⁾ donde nota la “fascinación”, de las mujeres narcisistas: “Esas mujeres fascinan más que ninguna a los hombres, no solamente por razones estéticas, ya que por lo general son las más hermosas, sino también por determinadas constelaciones psicológicas”. Freud procede a relacionar esa fascinación con el narcisismo y agrega: el encanto de un niño reside en gran parte en su narcisismo, auto-suficiencia e inaccesibilidad, al igual que el encanto de ciertos animales que parecen no interesarse por nosotros, como los gatos y animales grandes de presa.”

Me sorprendió hallar que los términos de Freud en este pasaje fueran los que utilizamos específicamente al hablar de niños autistas: “belleza”, “auto-suficiencia”, “inaccesibilidad”. Su referencia misma a los gatos me recuerda la manera de caminar de Raúl, en punta de pies, y el andar leve y elástico frecuente en estos niños. Además, son indudablemente atractivos. Freud sugiere que en el encanto de las criaturas narcisistas puede deberse al hecho de que “les envidiamos su poder de conservar una mente dichosa”.

Creo que la observación de Freud se hace aún más significativa si, de acuerdo con las contribuciones de Melanie Klein al estudio del narcisismo, consideramos ese estado mental dichoso como el resultado de una relación ideal con un objeto ideal. Envuelto en sus fantasías, el niño autista vive en un mundo interno de amor y armonía donde no existe nada fuera del objeto ideal. En última instancia, el contenido de ese mundo interno sería una *relación* ideal con un pecho generoso, inagotable, siempre presente.

Creo que la belleza y otras dotes y cualidades estéticas del niño autista sean el resultado de esta relación ideal. Puede que en el vínculo emocional dichoso con el objeto ideal, los sentimientos sean expresados en una forma parecida a la música. En otras palabras, la música podría ser el medio de expresión, el lenguaje de amor con un objeto ideal. ¿También crearía este objeto ideal la belleza del niño autista?

No olvidemos sin embargo que ésta es una cara solamente de la imagen. La misma perfección del paraíso interno del niño autista da la medida de su horror

⁵⁸ Creo que la existencia de estos niños encarna en forma condensada el mito griego de Narciso. Son a la vez Narciso y Eco (la ninfa cuyo amor Narciso rechaza). Como Narciso no saben distinguir entre ellos mismos y los demás y, como Eco, no distinguen si las palabras pertenecen a ellos mismos o a los demás (ecolalia).

⁵⁹ “Introducción al Narcisismo”, 1914.

frente al mundo exterior en el que proyectó todos sus males. ⁽⁶⁰⁾

Traducido por

PAULETTE

MICHON

FERRAND

⁶⁰ Había momentos en que este mismo niño se volvía extremadamente feo. Asimismo sus gritos eran singularmente desagradables.

